

CARDENAL

REVISTA LITERARIA

Pausas.

*Nuevas narrativas
en español*



Manuel Jorge Carreón Perea y
Mateo Mansilla-Moya (coords.)

Pausas.

*Nuevas narrativas
en español*





CARDENAL

REVISTA LITERARIA

Pausas.

*Nuevas narrativas
en español*

Coordinado por
Manuel Jorge Carreón Perea y
Mateo Mansilla-Moya

DIRECCIÓN GENERAL
Ricardo Plata
Mateo Mansilla-Moya

JEFE DE REDACCIÓN
Kevin Aréchiga del Río

DIRECTOR Y EDITOR DE PRODUCTOS AUDIOVISUALES
Demian Plata

COORDINACIÓN DE MÉRIDA
Kevin Aréchiga del Río

COORDINACIÓN DE GUADALAJARA
Mercedes J. Soto

COORDINACIÓN DE MEDELLÍN
José Agudelo

COORDINACIÓN DE BARRANQUILLA
María del Castillo Sucerquia

COORDINACIÓN DE CUBA
Giselle Lucía Navarro

COORDINACIÓN DE RUSIA
Misael Rosete

COORDINACIÓN DE REPÚBLICA CHECA
Terezie Pavlátová

DISEÑADOR WEB
Rodrigo Fernández

Imagen de portada: *Una alegoría de pasión*. Hans Holbein el Joven, 1497/98-1543. Imagen digital por cortesía de Getty's Open Content Program. Getty Museum.

JEFE DE EDICIÓN
David Espino Lozada

COORDINADOR DE EDICIÓN
José Alberto Gurrea Montes

JEFA DE TRADUCCIÓN
Daniela Sánchez

EDITORES
Fernanda Ramírez Rivera
Mercedes J. Soto
Daniela Sánchez
Lovesun Cole

COORDINACIÓN DE BARCELONA
Paola Espinosa Haiat

COORDINACIÓN DE COSTA RICA
Byron Ramírez
María Macaya Martén

COORDINACIÓN DE HANNOVER
Emilio Alejandro Aguilar

COORDINACIÓN DE VALENCIA
María Fragoso

COORDINACIÓN DE PERÚ
Emilio Martín Paz Panana

ILUSTRADORES
Ric Plata
María Fragoso

Cardenal Revista Literaria: Pausa. Nuevas narrativas en español, es una publicación trimestral editada por Mateo Mansilla Moya, calle Dakota núm. 91-2, col. Nápoles, alcaldía Benito Juárez, c.p. 03810, Ciudad de México, tel. 55 2689 7517, mateomansilla.moya@gmail.com. Editor responsable: Mateo Mansilla Moya. Reservas de Derechos de Uso Exclusivo: en trámite. ISSN: 2683-2186, ambos otorgados por el Instituto Nacional de Derecho de Autor. Certificado de Licitud de Título y contenido, otorgado por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación: en trámite. Impresa por Editorial Innova, calle 6, núm., 106, col. Agrícola Pantitlán, alcaldía Iztacalco, c.p. 08100, Ciudad de México, tel. 55 6469 3265, 56 1577 3332, presupuestos7@gmail.com. Este número se terminó de imprimir el 20 de junio de 2023 con un tiraje de 300 ejemplares.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida total o parcialmente sin citar la fuente. El contenido de los anuncios es responsabilidad de los anunciantes y no de *Cardenal Revista Literaria*. Los textos firmados son responsabilidad de sus autores y no reflejan necesariamente el punto de vista de *Cardenal Revista Literaria*.



PRESENTACIÓN

Lo cotidiano abraza. La rutina mecanicista no nos presenta momentos de asombro que nos arrebatan de lo ordinario y nos presenten un mundo de posibilidades nuevo. En este estadio, todo es lo mismo. Actuamos como máquinas automáticas programadas para replicar las mismas actividades secuenciales en periodos de tiempo determinados, como si no fuéramos humanos y la vida se redujera a la producción exigida en el entorno laboral.

La única forma de combatir lo anterior es deteniéndonos a contemplar, conscientemente, el día a día y los fenómenos que ahí tienen lugar. Devolvernos la capacidad de asombro que la normalización del entorno nos ha quitado. Contemplando el mundo de posibilidades que aparecen cuando observamos la cotidaneidad con sensibilidad y sorpresa.

Las piezas que en esta obra se reúnen son producto de este ejercicio de asombro ante lo cotidiano, y que nos presentan lo ordinario como extraordinario, ayudándonos a mirar conscientemente nuestro alrededor.

Entre los escritores que hemos incluido en este dossier de narrativa, está la de nuestro querido amigo Patricio J. Gómez Garcés, cuya pluma y voz nos comparten un poético registro de su experiencia vital y de su respeto por el lenguaje. La familia de *Cardenal* lo recordamos con cariño y lo oncluimos en este vuelo como una de las voces jóvenes que merecen detenida atención.

¡Súmense a este vuelo que *Cardenal* hace sobre algunas de las nuevas voces de la narrativa en español!

Manuel Jorge Carreón Perea
Mateo Mansilla-Moya

ADIÓS, MERCURIO RETRÓGRADO

Por Manuel Jorge Carreón Perea

El chofer del Didi me hizo plática, pero lo ignoré. Sus ojos rojos, voz aguardientosa y la música de reguetón a todo volumen me producían desconfianza. Ya tengo malas experiencias en el transporte público de este tipo, y añadir otra más a la lista no estaba en mis planes, como la ocasión en que me quedé dormida y al despertar me di cuenta de que el chofer intentaba tomar fotos de mi escote. Esta vez me dirigía al Patagonia para ver a mis dos mejores amigas y contarles de mi reciente ruptura amorosa con Iñaki. Sonó el teléfono. Un mensaje de él. «Eres una típica piscis de mierda». Solté una carcajada.

—¿Todo bien? —preguntó el conductor.

—Sí, sí. Un chiste mal contado que acabo de recordar —respondí. Por unos segundos me miró intrigado por el retrovisor y después se centró en el camino.

En la preparatoria leí un cuento de Murakami que, si mal no recuerdo, se llama «Sobre encontrarse a la chica 100% perfecta». La historia es bastante simple: el protagonista relata que, en una ocasión, se cruzó con la mujer de su vida, pero desaprovechó la oportunidad de hablarle al no saber qué decirle. Llegó a la conclusión de que debió contarle la historia de dos jóvenes que se enamoran, ponen a prueba su destino juntos y deciden separarse para saber que su encuentro no es una casualidad. Ambos padecen una terrible enfermedad respiratoria que les provoca amnesia y olvidan que conocieron al amor de su vida. Cuando se vuelven a ver, no se reconocen.

Aunque simple, el cuento siempre me dio la esperanza de encontrar una relación que por lo menos comenzara así: por una casualidad conocernos y enamorarnos de inmediato para no separarnos nunca más. Durante mucho tiempo conseguí lo primero, es decir, varias relaciones casuales que terminaban en mi cama o en un hotel de mala muerte. Del enamoramiento ni hablar, ya que mis expectativas del «chico perfecto», decían mis amigas, eran imposibles de cumplir.

Mi historia con Iñaki dista de ser como la retratada por Murakami. Mi primera impresión fue, por decirlo de manera amable, negativa. Lo co-

nocí en la fiesta de titulación de Marco César Burbujo-González del Villar, un ex que no pasaba un día sin decirme que mi mejor atributo eran mis «nalgas redondas, firmes y perfectas». El nombre dice todo de su profesión: abogado fiscalista, es decir, de la peor calaña. No eran precisamente amigos, sino conocidos que compartían una afición por el fútbol que siempre me ha parecido enferma, al nivel de ciertas sectas que uniforman a sus miembros. Unos *ffas* cualquiera. Jugaron juntos al fútbol en un equipo llanero llamado los Remolcadores de Popotla y se frecuentaban de manera esporádica, sobre todo para ver la final de la Champions.

Fue Marco César quien me lo presentó y me rogó que hablara con él porque tenía que atender a otros invitados *más importantes*. Digo que mi impresión fue negativa porque vestía un traje que no le ajustaba y arrugado. A eso se sumaba su poca higiene bucal que me hizo sentir asco. Su físico era igual de intrascendente que su vida: del tipo feo —normal y no de los que asustan— y como único atributo que podría resultar atractivo tenía su altura.

—¿De dónde conoces a Marco César? —me preguntó para iniciar la conversación.

Le contesté que salía con él, que éramos novios desde hace unos meses. Me dijo que era su *amigo* desde hace tiempo y que le parecía raro que nunca le hubiera hablado de mí. Me encogí de hombros y con la esperanza de zanjear ahí la plática, pero era perseverante, por no decir terco.

Estaba a punto de dejarlo ahí cuando hizo una pregunta que me interesó:

—¿No crees que Marco César es un típico libra porque le importa más vestirse bien que atender a sus invitados? Solté una carcajada porque había definido a mi novio de manera impecable. Siempre he creído que, después de la primera risa —si logra conseguirse—, la plática se vuelve más amena, inmediata.

Me preguntó cómo conocí a Marco. Le dije que era diseñadora y había trabajado los logos para su despacho, pero toda comunicación al principio fue por celular. Cuando fui a cobrar el trabajo hecho, no me retiró la mirada ni un solo segundo y me invitó a salir con él porque «le encantaba mi físico y actitud profesional». Solo conocía uno de mis trabajos. Aun sabiendo que era un mentiroso acepté y a las semanas comenzamos a salir.

Siendo mi turno para hacer una pregunta, quise saber a qué se dedicaba Iñaki. Me contó que tenía dos carreras truncas —comunicación y filosofía— pero que en la consultoría en la que trabajaba no les importaba ninguno de sus *vastos* conocimientos sobre el universo y que pensaba renunciar antes

de que terminara el año. Después descubrí que era *office boy* y que tenía, según sus propias palabras, algo muy valorado en las empresas: un talento natural para actuar con diligencia. También me dijo que aún vivía con su madre y a su padre lo visitaba cada ocho días. Sus pasatiempos eran jugar al fútbol, coleccionar las plumas Bic que dejaba sin tinta y ver películas de arte. La plática transitó a qué libros eran nuestros favoritos y coincidimos en algunos de ellos. Ambos sentíamos fascinación por Michelle Houellebecq, especialmente por *Sumisión*. Este hecho, insignificante tal vez, hizo que me llamara un poco la atención, porque Marco César era analfabeta funcional en lo que respecta a literatura.

Platicamos alrededor de una hora. Obvio bebíamos también. Cuando me sentí mareada decidí que había tenido suficiente de él, así que aproveché el primer silencio para despedirme y decirle que fue encantador conocerlo. Las tradicionales y siempre efectivas cortesías mitigadoras. Me detuvo del brazo y lanzó sus últimas dos preguntas

—¿Me das tu teléfono?, ¿y cómo te guardo? No sé tu nombre —preguntó.

—Claro, es el 55-565-81-111 y puedes guardarme como Mikaela. Lo dejé solo y me fui a buscar a Marco César, que estaba con varios de sus amigos, a los que sí conocía, bebiendo *shots* de vodka. Me acerqué y me plantó un beso etílico que me incomodó. Me tomó de la cintura y me preguntó qué tipo de lencería traía. No estaba de humor para jugar y le pregunté si me podía llevar a casa.

—Te pido un Uber, si quieres. No puedo manejar —fue su amable respuesta.

Le contesté que eso lo podía hacer yo y lo dejé ahí. En cuanto le di la espalda alcancé a escuchar que gritó: «¡Otro *shot!*!».

Salí a la calle a esperar mi Uber. Prendí un cigarro y mientras le daba las primeras caladas, escuché que a mis espaldas alguien decía: «Soy Iñaki, por cierto». Volteé y me encontré con el chico con el que platiqué una hora y del que nunca supe su nombre. Me extendió la mano para entregarme un papelito, como de esos que salen en las galletas chinas. «Ya», fue lo único que le contesté y no dio tiempo para más porque justo iba llegando el carro. «Adiós», fue lo último que le dije a él o a cualquier persona esa noche. Durante el trayecto leí el papel que me dio Iñaki: *gente perfecta te espera los próximos días*.

Pasaron dos o tres semanas y un miércoles —lo recuerdo porque ese día lo tengo fijo para visitar a mis padres— mientras jugaba con el perro de mi hermano, Hércules, recibí un mensaje de Telegram de un número desco-

nocido. Generalmente bloqueo esos de inmediato por temor a que hackeen mi teléfono y descubran muchas cosas de mí que prefiero mantener privadas, como fotos, conversaciones... Pero por equivocación lo abrí:

A pesar de lo que dice el calendario, hoy no debes esperar un día de felicidad; en realidad te será más fácil hacer que los que te rodean sean más felices que atraer esa felicidad para ti. Muchas veces el calendario y los astros no están sincronizados. Tu felicidad llegará, solo que un poco más tarde. Tú eres una chica lindísima que no debe seguir con un patán porque vales más de lo que pudiera expresarte.

Me pareció muy extraño, pero llamó mi atención, ya que parecía aterrizado al contexto que pasaba en esos momentos. No porque hiciera más felices a mis familiares —en breve le diría a mi mamá que me había hecho otro tatuaje de un venado en el antebrazo y recibiría una perorata de que iba a terminar como pared grafitada—, sino porque estaba en vías de ingresar a una agencia de publicidad a la que siempre le tuve ganas y eso me haría muy feliz.

Llena de curiosidad, revisé la imagen de perfil para saber quién era el emisor y aparecía un signo del zodiaco, el escorpión. Revisé el estado del perfil y direccionaba a un perfil de Instagram; le di clic, pero me frustró ver que era una cuenta privada, así que mandé una solicitud de amistad. A los pocos segundos aceptó la invitación y en una de las primeras fotos me apareció Marco César. Al lado suyo, con una sonrisa estúpida, estaba Iñaki.

—Hola, gracias, Iraki. ¿Tú lo escribiste? —le pregunté, algo que parecía obvio, pero no estaba de más asegurarse.

—Mi nombre es Iñaki, no Iraki. Sí, es tu horóscopo de hoy y algo de lo que pienso de ti —respondió.

Sentí lindo que se tomara el tiempo para escribirme algo, a pesar de que fuera un horóscopo que parecía genérico —aunque dudo que alguno no sea así. Marco César nunca tenía esos detalles, así que cuando vienen de otra persona comienzas a poner en perspectiva las cosas. Me preguntó cómo estaba y qué había sido de mi vida en los últimos días, pero no le contesté.

Al día siguiente me llegó otro mensaje:

Te conviene hacer lo posible por no destacar ni llamar la atención, tanto en tu trabajo como en tu medio social, al menos el día de hoy. No habrá buena energía en el ambiente y te podría llegar un disgusto o incluso algo peor por donde menos te lo esperes. Es un día ideal para pasar desapercibido y dejar que se estrellen otros.

Le agradecí el mensaje y me disculpé por no responder el día anterior. Me respondió de manera muy comprensiva que no había problema y añadió: «pero no sé si te sirva este horóscopo, ya que siempre llamas mucho la atención, al menos a mí así me lo parece...». Me gustó que fuera aventado y que flirteara conmigo. Aunque la astrología siempre me había parecido una total vacilada, era como estar suscrita a un servicio astrológico al que apenas le dedicaba segundos.

Así se sucedieron las semanas. No me decía nada más, solo me enviaba el mensaje a una hora que dependía del día. Si era siete, a las siete de la noche. Cuando caía el veinticuatro, a las doce de la noche, siendo completamente fastidioso esto último, porque siempre he sido una chica de hábitos matutinos y no nocturnos, por lo que los mensajes me despertaban y me impedían dormir otra vez. Sin embargo, no quería poner mi celular en modo silencio, porque sentía que ahí afuera existía alguien que me acompañaba y así me sentía menos sola. Se habían vuelto una especie de adicción.

Cuando terminé con Marco César tuve un par de semanas de lo más nefasto: me robaron la bicicleta, en el nuevo trabajo los idiotas de mis compañeros me invitaban a salir porque estaba «disponible» y como no accedí a involucrarme con ninguno algunos me apodaron «la Apretada» y otros «la Negada», olvidé mi libro favorito en un Uber —*La insoportable levedad del ser*, con la firma autógrafa de Kundera que mi hermana consiguió en una librería de viejo en la colonia Roma y que fue mi regalo de cumpleaños dieciocho—, cancelaron el concierto de Belle and Sebastian, mi grupo favorito y, para acabarla de joder, tuvimos que dormir a Hércules por su edad.... Total, de esos periodos deprimentes que parecen no tener fin.

Quise cortar todo contacto de mi vida con Marco: borré mis conversaciones con él, lo bloqueé de mis redes sociales e hice lo mismo con todos sus amigos y amigas. Llegué hasta el contacto de Iñaki y comencé a leer los mensajes que me mandó los últimos días y me impresionó lo certeros que eran: el día de la ruptura decía algo como: «Hoy termina un ciclo de tu vida», cuando perdí el libro: «... No bajas la guardia, un descuido puede alejarte de lo importante», el último día de vida de mi perro me escribió que: «... A pesar de la lejanía o la ausencia, ahí siempre están los amigos».

Total, no había llegado el horóscopo y le escribí para preguntarle sobre la entrada de ese día y que me depararía el destino. Pasaron un par de minutos y me contestó que lo tuvieron esperando más de tres horas en la entrada de una oficina pública en donde no había señal de celular, pero que de

inmediato se pondría manos a la obra. Eso dio pie a que conversáramos más. Al principio eran pláticas muy equis, cosas cotidianas. Con el paso de los días fueron adquiriendo un tono más personal, sobre mis relaciones anteriores, miedos y gustos culposos, cosas así y de directo coqueteo entre los dos.

A las semanas tuvimos nuestra primera cita, en el Patagonia. Aunque mi intención no era tener una relación con alguien, igual y se podía convertir en un *fuck buddy*. Habría que darle la oportunidad.

Llegué al pub unos minutos antes de la hora acordada y pedí una Guinness para armarme de valor. Aunque había aceptado la cita, aún tenía dudas de estar haciendo lo correcto. No porque fuera amigo de Marco César, sino por la primera impresión que me causó Inaki.

Cuando finalmente hizo acto de presencia, estaba por ordenar mi segunda cerveza, pero esperé a que se acomodara y así pidiéramos los dos. Le dijo al mesero que bebería lo mismo que yo. Antes de que iniciara cualquier tipo de conversación, me dio un sobre color marrón. Lo abrí y descubrí una tarjeta con las características de mi personalidad según mi horóscopo.

Fantasea despierta.
Se abruma cuando ve triste a alguien.
Es una esponjita emocional.
Tiene sueños extraños.
Confía ciegamente en las personas.
Llora cuando hace corajes.

La tarjeta tenía dibujos de dos peces muy monos. Estaba muy bien hecha. Me dijo que iba a abrir una página de Instagram llamada Astro-Milenial o Astro-Centenal y que dejaría su trabajo *godín* para dedicarse de lleno a su nueva faceta como *influencer*. Le dije que eso era arriesgado porque vivir de los horóscopos, a menos que fuera Walter Mercado o Amira, implicaba morirse de hambre. Me contestó que la astrología iba en ascenso.

—¿Qué edad tienes? —inquirí.

—Treinta y tres, muy bien llevados. Es la edad de Cristo, ¿sabes? —fue su respuesta.

La situación me parecía comiquísima, pero con un toque idealista. El tipo ya no era un jovencito, pero tenía mentalidad de un chico de prepa. Confieso que la cita salió mejor de lo esperado. Conversamos sobre muchos temas triviales y casi no existieron silencios incómodos. Lo invité a irnos a un hotel a terminar la noche, pero no aceptó. «No es una buena noche para dormir tarde», me dijo.

Pasaron las semanas y salimos de manera intermitente. También las conversaciones telefónicas pasaron de solo mensajes a audios y, finalmente, llamadas.

Tenía cuatro meses de haber roto con Marco César cuando besé a Iñaki por primera vez. Fue en un partido de fútbol de su equipo, el América (hazme el puto favor), y justo después de que su ídolo, Yucagol, había anotado un penalti. Me tomó del rostro y plantó sus labios sobre los míos. Alrededor todos comenzaron a chiflar y decían cosas como «eso, campeón», «que buena está la morena...». Al final nos aventaron cerveza, como si se tratara de un bautizo.

A las semanas comenzamos un noviazgo. Me dijo que había revisado nuestras cartas astrales y que, por fortuna, éramos compatibles. «¿Y si no lo fuéramos?», le pregunté. «Pues no se darían las cosas», replicó. Me propuso que fuéramos novios así: «Piscis, crees que el amor te da todo lo que necesitas, pero lo que necesitas ya lo tienes. Necesitas empezar a ver el amor de otra manera, una manera sana que te haga respetarte a ti misma. El amor no va a salvarte de todo lo malo que te pase, tenlo siempre presente. Eso sí, no hay que negar que el amor saca de ti una versión que nunca deja de sorprender para bien».

A pesar de que me gustó el detalle de las cartas astrales, sentí que algo no estaba del todo bien, pero me divertía con él y nunca pensé que fuera una relación tan duradera, lo cual sucedió a medias: salimos durante diez meses, que no es mucho tiempo, pero visto desde otra perspectiva, en ese tiempo inicias y terminas una especialidad o tienes un hijo.

Ya como novios las citas siguieron, pero me percaté que era imposible salir con él los miércoles, y no porque tuviera alguna actividad que realizar —aunque su sitio de Instagram comenzaba a monetizar y debía subir contenido diario para no perder seguidores—, sino porque eran «jornadas malas para su signo» y los astros dicen muchas más cosas de las que «una puede mirar a simple vista». Tampoco podíamos ir a comer a un restaurante cuya primera letra coincidiera con la inicial del día de la semana.

Me parecía una pendejada, porque tampoco podíamos asistir a eventos o incluso coger en un día determinado, porque eso podría afectar su creatividad. Este último punto se convirtió en un galimatías y me provocó más malestar que placer.

Según él, las piscis no estamos enfocadas en el sexo «gimnástico», sino en los sentimientos, pero que nos podemos desatar. Esto significa que debía estar abierta a todo y ser receptiva a sus peticiones, por más extrañas

que fueran, ya que su signo se caracterizaba por «el ingenio». Pero la realidad era todo lo contrario: era superaburrido, pero siempre quería que al final le practicara sexo oral, porque eso le permitía pensar en mi nueva carta astrológica mientras disfrutaba y se complacía con «mi boquita».

Y todavía viene lo peor: era superceloso, pero a su manera astral. Con esto me refiero a que no le molestaba que saliera con amigos o que incluso hablara con Marco César —lo vi un día para recoger algunas cosas mías que tenía como mi cédula profesional. Lo que le encabronaba era que platicara con «leos» o «sagitarios», porque tenían más afinidad con mi signo y «le daba miedo perderme».

Estos hechos, sumados, hicieron que poco a poco me fuera fastidiando la relación, pero el punto final vino hace unos días.

Me invitó a verlo jugar fútbol, pero me pidió que llevara una tanga azul celeste, porque la luna en sagitario, combinada con el color de mi lencería, le harían anotar tres goles. Justo ese día no tenía nada que hacer, así que acepté porque podría aprovechar para cortarlo. Pasé por él a su casa y en cuanto subió al auto quiso ver mis bragas; me increpó que no fuera vestida con la ropa interior de color azul celeste porque me había dicho que todo ese mes, debido a los astros, debía usar diario algo de ese tono. Fue la gota que derramó el vaso.

—A ver Iñaki, yo me visto como quiera. Tú no me vas a decir qué usar o qué no —le grité.

—Los astros no se equivocan —o alguna jalada de ese tipo me contestó.

Le dije que todo ese rollo que traía con los horóscopos era una estupidez y que en su caso se había vuelto una obsesión.

—Eres una tarada que, si no fuera por mis consejos, estaría todavía tirada al carajo —replicó.

Se estaba poniendo colorado del coraje y comenzó a golpear la puerta del carro con ambas manos. Me asusté muchísimo, pero casi de inmediato salió de su casa una mujer a ver qué pasaba.

«Además, para colmo, este imbécil me engaña», pensé al verla, pero al fijarme con detenimiento me di cuenta de que era casi idéntica a él, pero mucho mayor. Abrió la puerta del carro para tranquilizarlo.

—Soy Claudia, su madre —se presentó.

Quiso saber qué pasaba y como ya no tenía nada que perder sentí que era un momento perfecto para liberarme. Le conté a grandes rasgos la obsesión de su hijo con los horóscopos. La señora me miraba con atención y

podía ver que conforme avanzaba en mi relato su rostro se descomponía. Me interrumpió para preguntarme si era todo eso real. Le dije que cada palabra.

—Iñaki, ¿es verdad? —lo consultó para cerciorarse.

—Sí, madre —contestó.

—¿Eso quiere decir que cada decisión que tomas está basada en tu horóscopo? —preguntó la señora con un increíble tono de agobio.

—Sí, madre. Así es. Ella comenzó a llorar y entre sollozos le dijo:

—Pero hijo mío, mi muchachito, tú no naciste en abril sino en julio. Te registramos en esa fecha en honor a tu abuelo.

DESHABITADA

Por Emma A. Kuyoc Altamira

Habían pasado veinte años desde que me mudé a Guadalajara junto con mi madre. Entonces, ¿por qué regresé? ¿Por la llamada de mi tío? ¿Por la salud de mi padre? Nada de eso. Poco me importó que estuviera conectado a un tanque de oxígeno antes de morir. Lo primero que pensé cuando me contaron sobre su condición fue: «Por fin podré recuperar a mi peluche Lola, el primer regalo de cumpleaños que mamá me dio».

Me dirijo a la puerta y veo la casa agrietada por el sofocante sol del verano. Sostengo el picaporte, introduzco la llave y giro la perilla. Sé que aquí, en el interior, solo queda el silencio y los recuerdos enmohecidos por el tiempo. Prendo la luz y lo primero que observo es el sofá, cansado y viejo, donde a veces esperaba a que papá regresara del trabajo. Me quedaba viendo el televisor casi toda la noche hasta que comenzaba a bostezar. Después me recostaba junto a mi amada Lola y soñaba con mis padres, de cuando eran felices.

Llego hasta la cocina y veo el refrigerador que siempre odié. Recuerdo cuando el electrodoméstico se descompuso y mi padre, cansado e irritado del trabajo, apagó la televisión, se levantó de golpe, arremangó su camisa blanca y nos miró. Solo eso bastó para que ambas dejáramos de comer nuestro cereal. Mamá me dijo que me escondiera debajo de la mesa.

—¿Para qué te estoy dando la quincena, hija de la chingada?

Su única respuesta fue apretar los dientes y esperar, resignada, el empujón y luego la cachetada.

—Me la paso todo el día en friega para darles de comer.

Cerré los ojos y sostuve a Lola. Conté del uno al diez, del diez al veinte. Los gritos no cesaban. Recliné la mejilla a la felpa. Del uno al diez, del diez al veinte. Respiré profundo y el llanto se enterró dentro de mi garganta. Del uno al diez, del diez al veinte. Al final solo quedó una cena a medio terminar.

Ahora mi mirada se posa en una pequeña estufa gris. Una frase olvidada emerge.

«"Te quiero", dijiste, tomando mis manos entre tus manitas de blanco marfil...».

Estaba segura de que no volvería a verla.

«Y sentí en mi pecho un fuerte latido, después un suspiro y luego el chasquido de un beso febril».

Pienso entonces en el fuego alrededor del quemador, la cebolla picada en rebanadas y el sonido del aceite en la sartén.

«Y a veces escucho un eco divino, que envuelto en la brisa parece decir...».

Me veo a mí misma persiguiendo a la lagartija del rincón y escuchando tararear a mamá: *«Sí te quiero mucho, mucho, mucho, mucho, tanto como entonces siempre hasta morir»*. Quiero quedarme un poco más, un poco más, dentro de un recuerdo, dentro de un olor, dentro de lo único que deseo seguir evocando. Pero sé que no puedo. No hay modo de volver a ese día, a ese ayer tan parecido al de hoy. Todo lo que me queda son estas imágenes que cuelgan de mi memoria, que aparecen por instantes. Doy unos pasos hacia atrás y me encamino hacia el pasillo.

Paso por la habitación de mi padre, pero no quiero entrar. Lo recuerdo atendiendo las llamadas de los proveedores y, desde la ventana, lo veía subiendo al auto rumbo al centro para llegar a la farmacéutica. Todos los fines de semana compraba boletos para la función vespertina y nos llevaba al cine a ver películas de Disney. Entre las risas de la sala, palomitas voladoras y los personajes animados de la pantalla, yo era feliz con solo estar sentada en medio de mis padres. Con el paso del tiempo las salidas dejaron de ser frecuentes. Las primeras veces insistía en que cumpliera su promesa, pero él se reía y me decía: *«No tardo. Regreso en un rato»*. Después dejé de esperarlo porque comencé a detestar su olor a perfume barato, cigarro y alcohol.

Suspiro y me encamino a la bodega. Hay cajas de diversos tamaños, apiladas unas sobre otras. Dentro de la más grande hallo papeles amarillentos, cartas enmohecidas y tres fotografías. Una está rota, trato de unir los pedazos hasta que reconozco a mis padres. Mamá tiene un vestido amarillo y su cabeza se posa encima del hombro de papá, que tiene puesta una camisa blanca. Ambos están sentados sobre la arena. Sonríen, se miran con amor. Parecen felices. Yo no estoy. Otra sigue intacta, es la única foto de los tres. Me acuerdo de que insistí en visitar el mar. Quería imitar los viajes que tanto presumían mis compañeros de clases. Posamos en el parador turístico y luego sonó un clic: no hubo sonrisas. La última es una imagen de mí, de niña, con un vestido de raso azul y zapatitos negros. Era mi cumpleaños. Mamá me preparó un pastel de chocolate. Me abrazó y me dijo que nos mudaríamos a casa de mis abuelos. Ese día decidimos dejar casi todas nuestras cosas como una

especie de pacto para olvidar. Continúo revisando y, en el fondo, encuentro a Lola. Tiene los ojos abotonados, grandes y negros que parecen mirarme. Estiro un brazo, la levanto y luego, lentamente, le voy quitando las telarañas. La abrazo al igual que cuando era pequeña. Ya no hay ningún motivo para quedarme. Me encamino hacia el umbral. Esta vez estoy segura de que no volveré a escuchar las memorias de esta casa deshabitada.

EL HIJO DEL DIABLO

Por Christian Negrete

Los padres no educan, se desquitan.

DALMIRO SÁENZ

—No sirve la báscula, en la mañana nos dijeron que no sirve —le dije a mi papá con la seguridad de estar hablando con la verdad.

Mi padre me miró desde arriba, con esos ojos que eran los del Diablo, así me lo había dicho durante los nueve años de mi vida: «Se te va a aparecer el Diablo». Y el Diablo era él, más bien sus ojos. Después miró al cliente con esa otra cara, la del señor amable de la tiendita del barrio; con la sonrisa del hombre tranquilo que iba sin playera por las tortillas, con un *short* que parecía trusa y descalzo al que todos saludaban en la calle. Entregó el azúcar al cliente que desconfiado recibió la bolsa y pagó por el kilo que tal vez no era un kilo. Yo no quería que se marchara porque se me iba a aparecer el Diablo, un Diablo que habitaba solo en nuestra casa, en ese infierno chueco y en obra negra que olía a cemento y a cal, a tierra suelta, de paredes ásperas que rasgaron mis codos y mis manos con cada empujón. Parecía que la casa también me odiaba.

Los segundos que tardó el señor del azúcar en salir del local, la cara del Demonio giró mientras se quitaba el cinturón con nuestro apellido grabado en la hebilla metálica. Yo intentaba hundirme en una esquina, aferrado a la madera cuyas astillas se me enterraban en mis dedos, pero sin dolor, eran más fuertes las ganas de agarrarme de algo. Pero escapatoria no había ni habría en varios años. Me sujetó de la muñeca, me arrastró a la parte de atrás, la que olía a esos jabones de barra de color rosa que eran los únicos testigos de mi formación. En ese sitio oscuro en el que ni la luz ni los ojos de los vecinos alcanzaban a entrar. Me levantó y yo, suspendido, sintiendo los azotes de mi apellido de hierro, pensaba en el octavo mandamiento, el que memoricé en catecismo, flotando entre lágrimas y mocos, la doble sal entre mis labios agrietados,

de hilos entre los dientes, de quejas diluidas, ahogando los sonidos en mi garganta quebrada.

A veces mis primos suplicaban a sus padres:

—¡Ya jefe, ya no me pegue, ya!

Ingenuos pedían un diálogo cercenado por cables y por palos. Mi familia no era de palabras.

Cerrados mis ojos y mi boca acepté el vuelo entre la confusión y los zumbidos del cuero contra el aire.

La tarde siguiente «cuidaba» la tienda, una actividad tristemente inútil: jamás logré evitar los robos, los ladrones siempre conseguían llevarse algo más de lo que pagaban y yo recibía todo el castigo que ellos merecían. Así es que mientras mi papá pasaba su tiempo dentro de la casa viendo en la televisión las controversias alienígenas de Nino Canún, yo me aprendía los ingredientes del jabón Ariel y del *shampoo* Vanart, y ponía cara de serio cada que entraba alguno de esos rateros, pero no me atrevía a confrontarlos.

Entró una señora, creo que se llamaba María, pero todos le decíamos «la Española». Me pidió medio kilo de huevo del económico. Escuché el grito grave, oscuro y fingido que lanzaba mi padre cada que oía las eses como zetas de la voz de esa mujer:

—Voy, vecina —dijo mientras salía sonriente, con la máscara buena. Me acarició el pelo y me dio un beso en la cabeza.

—Le dejaré el huevo rojo al mismo precio que el económico, ya sabe —le reiteró la oferta de siempre y a mí me ordenó que le pasara una bolsa para colocar los blanquillos. Tomé entre mis manos el paquete de plásticos, parecía un libro blando y liso. Intenté separar una de las bolsas. La estática que me impidió cumplir con rapidez la orden de mi padre. Fue precisamente en ese pequeño lapso en el que me planteé la disyuntiva, no por el catecismo ni por la cercanía de mi primera comunión, sino porque los azotes algunas veces fueron capaces de convertir el miedo en coraje. Las cicatrices de mi espalda movieron mi boca.

—No sirve la báscula, papá —le dije mirándolo a los ojos.

—Sí sirve —me respondió.

Yo volví a decirle que no, que estaba descompuesta desde ayer. Me sujetó del hombro y enterrándome sus dedos me dijo:

—Sí sirve, acuérdate.

Y esperando al Diablo le respondí que no, que se acordara de lo que nos había dicho el calibrador.

La vecina intervino y le pidió que le vendiera solamente tres huevos, que regresaría al día siguiente. Él contestó que no. Sentí después su pie sobre el mío, aumentó la intensidad del pisotón y me preguntó:

—¿Ya te acordaste de que sí sirve, hijo?

Agaché la cabeza, mi respiración se aceleró y mis uñas se clavaron contra las palmas de mis propias manos en forma de puños. Repitió la pregunta, recargó todo su peso sobre mis mocasines café. La clienta me pidió que respondiera. Permanecí con la cabeza agachada, mis ojos se fijaron en las piernas de mi padre: extremidades morenas, agrietadas, de venas evidentes. Observé su pie sobre el mío, su pie áspero de uñas amarillas y olor a cuero, a rancio. La tercera vez que me preguntó lo mismo levanté la cara y observé al galán otoñal, al señor de la tiendita luchando contra el Diablo que quería salirse por su nariz humedecida de sudor, peleando contra Satanás que pretendía emerger de esa sonrisa diagonal de dientes furiosos, de colmillos que chirriaban enfrentados al Demonio que se asomaba por las pupilas oscuras, por las arrugas de su frente.

La vecina percibió el esfuerzo. Nunca nadie de «afuera» había visto al Diablo. No sé si temerosa, pero con la voz entrecortada se dirigió a mi papá:

—Señor, déjelo así, mañana vuelvo.

Fue inútil, ni ella logró apagar la lumbre de mi padre que me dijo:

—Por última vez, acuérdate de que sí sirve.

Liberarme no podría, así que opté por dejarme caer hacia atrás. Desde el suelo, con el pie todavía prensado por el suyo, le contesté con mi voz aguda y desgarrada:

—¡No sirve la pinche báscula, ya sabes que no sirve la pinche báscula!

Y Satanás tomó un frasco de Café Legal, lo levantó sobre su cabeza y lo arrojó con todas sus fuerzas al suelo mientras un «no» retumbó en la miscelánea. La vecina se asomó sobre el mostrador, entre el estallido del vidrio y el olor a café, y sujetó los brazos de mi padre.

—Tranquilo, señor —le dijo con voz temblorosa.

Pero ni la cara blanquísima ni la voz cadenciosa de la mujer española logró contenerlo. Me sujetó del cuello, levantándose del piso, y me lanzó un puñetazo que se estrelló contra mi cabeza. No sé si me agaché o si de último momento elevó su golpe para no despedazarme la nariz, pero el suelo fue nuevamente mi sitio. Permanecí tirado un momento, derrotado por el mareo producido por la mano de piedra.

Mi padre salió de la tienda así: descalzo, sudoroso, sin playera, maldiciendo al aire. Dejó oscilando sobre nosotros varios «chingados» y «ma-

dres». La vecina pasó al otro lado del mostrador. Fue su cara o tal vez su olor a talco, a bebé de ricos, lo que me tranquilizó. Miró el chipote en mi cabeza, mi cuerno digno del Hijo del Diablo. Se acercó a mí y me pegó en la frente con sus nudillos, me dijo que todo era mi culpa, que merecía eso y más para que aprendiera a obedecer. Me miró con desprecio y antes de irse me dijo:

—Gilipollas —con ese acento que enfatizaba la «s». Durante varios años ignoré el significado de lo que me dijo aquel día.

Terminé de recoger los restos del frasco. Desde entonces el aroma del café me recuerda al piso pulido, cuarteado y de color amarillo de la tienda, el ardor de los vidrios invisibles clavados en mis rodillas y en mis manos, pero sobre todo asocio ese olor con la incertidumbre. Y es que mi padre salió furioso. Jamás había abandonado en esas condiciones el infierno del número 39 de la Avenida Juárez; nunca se mostró así en público, solo lo había visto yo y desde ese día también la vecina, pero nadie más. Me imaginé que regresaría de noche, porque no le sería fácil encerrar al Demonio dentro de su piel oscura o debajo de sus canas. Quizá estaría preocupado porque lo había visto la Española. Pensé que tendría que cerrar la tienda, que tal vez debía cerrar toda la casa, pero ese lugar inacabado también me odiaba, ya lo dije, seguramente la casa se abriría sola para dejarlo entrar. Hasta le pedí a Cristo, el de los folletos del catecismo, al rubio, no al crucificado, que no permitiera que regresara, que se lo llevara para arriba o para abajo, pero que se lo llevara, aunque después concluí que yo era el que tendría que marcharse, ¿pero adónde, cómo? Pensé en tomar el dinero de la caja, pero el «No robarás» y todo eso... además no llegaría ni a Pachuca con esas monedas. Por eso permanecí encorvado sobre los despojos del sillón negro que se quejaba cada que alguien se sentaba sobre él.

Todavía no oscurecía cuando mi padre cruzó la puerta. Silbaba una canción de Vicente Fernández, sonreía y arqueaba las cejas. Esa cara la había visto ya en las reuniones de vecinos que presidía, lo acompañaba el calibrador que me saludó, diciéndome: «Campeón, ¿cómo estás?» como siempre y yo le contesté que todo bien. En pocos minutos calibró la báscula mientras mi papá acariciaba mi cabeza. Cada que sus dedos se encontraban con el chipote lo presionaban intensamente, no sé si para hundirlo, para que me doliera o para disimularlo. Yo ya no podía distinguir quién movía esa mano, me preguntaba si a partir de ese día el Diablo ya no tendría necesidad de esconderse y permanecería siempre a mi lado a la vista de todos.

Mi papá pagó y sonriendo estrechó la mano del señor que se despidió de mí con un: “Pórtate bien, campeón”. Un silencio espeso ocupó toda la tienda. Los dos solos miramos por un instante hacia la puerta de salida, después él giró con lentitud y volvió a colocar su mano sobre mi cabeza, se inclinó para estar a la altura de mi cara y me dijo con la voz del Demonio, pero con su cara de calle:

—Para que dejes de estar chingando la madre, cabrón —sin dejar de sonreír clavó su mirada en mi frente, aún hoy siento un hoyo en mi cráneo.

¿Qué pretendía enseñarme? Quizá que en esta vida se debía mentir o por lo menos se tenía que dosificar la verdad, no arrojarla toda. Aunque lo más probable es que nada, seguramente nada. Lo que sí me quedó claro fue que solo yo podía encararlo, así como en la escultura de la iglesia del pueblo en la que San Miguel vencía a Lucifer, justo así. Enfrenté al Diablo, que no tuvo más remedio que retirarse a mirar la televisión, mientras yo permanecí ahí, en medio de la tienda con coraje en los puños, furia en la respiración y rabia en la mirada, en espera de algún ratero que quisiera conocer a quien a partir de esa tarde estaría a cargo de la tienda: el Hijo del Diablo.

LA OTRA

Por Ricardo Guerra de la Peña

Al cumplir ocho años mis padres planearon llevarme a Acapulco para festejar mi cumpleaños. Estaba feliz, me habían suspendido del colegio la semana pasada y pensé que seguiría castigado. La noche anterior mi padre no llegó a casa.

—Se fue a dormir con la otra.

Mi madre nunca ocultó las infidelidades de papá.

Creí que el plan se cancelaría, pero a la mañana siguiente, después de tomar sus pastillas, me pidió que la ayudara a guardar los refrescos en la hielera.

—Nos vamos sin él, no pienso esperarlo un segundo más.

Era un amanecer fresco en la ciudad, me ordenó que saliera con chamarra. Me senté atrás, junto a la hielera. Sabía que todo el camino mamá se la pasaría llorando y cantando las canciones de Juan Gabriel que trasmitían en la radio.

A la mitad del trayecto el sol ya estaba en lo alto, y comencé a sentir mucho calor. Quise quitarme la chamarra. Al advertirlo mamá dijo:

—Ni se te ocurra.

Traté de abrir la ventana, pero me ordenó que no lo hiciera. El auto era un sauna. Le supliqué, pero amenazó con regresar si la desobedecía y yo tenía muchas ganas de ver el mar. Desde que papá comenzó a verse con la otra no me habían llevado. Estaba empapado y alcancé a ver que mamá también sudaba.

—Mamá, porfis.

—Te callas o nada de playa, Javier. Lo hago por tu bien.

Los vidrios estaban empañados. Quise dibujar sobre el vaho de las ventanas, pero la sed ya era insoportable.

—¿Puedo tomar un refresco?

—No, no puedes.

Comencé a sentir un intenso mareo, dolor en la nuca y no recuerdo más. Cuando desperté ya se alcanzaba a ver el mar y la brisa corría por todas las ventanas. Mamá había dejado de llorar.

—Javi, saca una Coca-Cola de la nevera para mamá y otra para ti.
Me quité la chamarra y bebí el refresco de un trago.

—¿Está listo el cumpleaños para su festejo? —preguntó emocionada.

Nos divertimos mucho en la playa. Comimos pescado frito y estuvimos un buen rato buscando conchitas. Mamá me ayudó a cavar un hoyo enorme en la arena, dijo que yo podía caber en él.

—Ojalá siempre seas mi animalito. No crezcas —me susurró sonriendo.

Cuando sonreía el mundo era perfecto. Sus ojos volvían a tener brillo y olvidaba que eran los mismos ojos de la señora bruja. Me olvidaba de eso y la quería mucho. Dejamos de jugar cuando recibió una llamada de mi padre. Una ola había inundado el hoyo en la arena, y me sumergí en él como si fuera una tina. Estuvieron hablando un largo rato hasta que comenzó a llorar. Me gritó que recogiera la hielera y subiera al auto, mi padre tampoco volvería a casa esa noche.

—Cumple años como un huérfano —dijo mirándome con asco.

El trayecto de regreso se la pasó cantando y llorando. Había oscurecido y moría de sueño, pero luchaba por mantenerme despierto. Cada vez que mamá se ponía así creía que era capaz de estrellarse frente a un camión. Alcancé a ver un animal a la mitad del camino y le advertí para que lo esquivara, pero aceleró aún más. Se escuchó un berrido espantoso.

—¡No lo vi!

Yo estaba seguro de que sí lo había visto. Bajó del coche y me pidió que la acompañara. Era un gato, tenía los huesos de las patas traseras expuestos y convulsionaba azotando la cabeza contra el asfalto.

—Mira, tu regalo de cumpleaños. Siempre has querido un gatito.

Mamá hablaba con sus ojos de cabra loca, con una sonrisa forzada que le resaltaba una vena enorme en la frente.

—Pero se está muriendo —temblaba tanto que apenas alcancé a hablar.

—No seas malagradecido, es tu regalo de cumpleaños. Anda, ponle nombre.

—No, ¡tú lo mataste! ¡Lo mataste adrede!

Mamá se abalanzó sobre mí tirándome al suelo.

—¿Quieres que te dé una buena madriza? —sus pupilas estaban desorbitadas—. ¡Ponle nombre, carajo!

Me soltó y gateó hacia el animal. Ante los faros del auto pude ver que tenía el hocico lleno de espuma roja. Mamá comenzó a acariciarlo.

Dije lo primero que se me ocurrió:

—Papito.

—Muy bien, ahora ayúdame a cargar a Papito.

Mis manos se llenaron de sangre, espesa y caliente. Al subir al auto, mamá lo acostó sobre mis piernas.

—Acarícialo, trátalo bonito. Jamás imaginaste que te regalaría una mascota, ¿verdad? Para que veas que mami no es mala como dices.

Mamá siguió cantando y llorando. Yo lloraba y Papito también quería llorar, pero se ahogaba con la espuma cada vez más abundante, hasta que se quedó tieso. Antes de llegar a casa detuvo el auto, tomó a Papito de la cola y lo tiró a un basurero.

—Descansa, animalito —le escuché decir.

Mamá me ayudó a bañarme, talló la sangre seca que se había colado hasta debajo de mis calzones. Después me leyó un cuento acariciándome el pelo y, cuando creyó que ya estaba dormido, me susurró:

—Feliz cumpleaños, mi vida.

Publicado en el portal Este país el 11 de noviembre del 2019.

MAQUILLAJE

Por Juan Pablo Jaime Nieto

Irene Brown era el seudónimo de aquella extraordinaria actriz cuyo nombre original era Argelia, Argelia Brown Trestman, pero hasta entonces su inmensa trayectoria solo había cobrado un significado para ella: el inevitable paso de los años, y al notar que pronto rompería la edad de los 57, comenzó a sentirse triste por los rasgos que implacablemente se endosaban en sus párpados, en la comisura de sus labios y en el distinguido racimo de hendiduras que se extendían del rabillo de sus ojos a la base de sus sienes.

Frente a esta realidad, Irene trataba de apegarse a una sabiduría enfermiza que la resignara ante preocupaciones tan frívolas, pero aun así, no dejaba de sentirse esclavizada por los trances de la edad, y en un intento por subir el ánimo se dispuso a buscar el romance abandonado tras los logros de su fama, porque después de concentrarse en los caminos de su profesión y en la espinosa rectitud de mantenerse a toda costa como *la diva ejemplar* que debía ser, el amor se había reducido a una partícula escurridiza difícil de atrapar, sobre todo porque, en vista de sus amplios compromisos, la palabra *dificultad* se traducía en obstáculos para encontrar a la persona adecuada, ya que cuando creía tropezar con alguien a la altura de sus pretensiones, una caprichosa intuición se encargaba de nombrar los inconvenientes del prospecto que repentinamente se mostraba un tanto «inmaduro», o un tanto «engreído» o un mucho «ignorante».

Por supuesto que en el medio no faltaban invitaciones o algún intermediario que la presentara con un cortejante, pero el amor entre los de su clase no pasaba de ser asunto para la marquesina mediática y obsesión para fotógrafos de una asquerosa prensa de murmuraciones. Un famoso junto a otro se había convertido en un vicio irritante que el público aprovechaba como recompensa de sus fisgoneos, por lo que ella prefería encontrarse con alguien ajeno al *star system*, y para mantener la higiene de su reputación, Irene se propuso no salir con otros actores o personas provenientes de su mismo circuito, aunque discriminaba por igual a aquellos hombres que sin ser

artistas no pudieran comprender que este ambiente estaba siempre algunos pasos por delante de lo ordinario... Dicho de otra manera, Irene necesitaba a alguien que pudiera adaptarse a la ordinariedad de una figura como ella; una ordinariedad que incluía cenas en restaurantes de categoría, viajes de filmación al extranjero, *five star hotels*, improvisación de autógrafos y apariciones en la «honesta» prensa de espectáculos. Después de todo, esa es la inversión que cualquier celebridad adorada representa, así que cuando un pretendiente externo al círculo de la actuación se hacía presente, debería mostrarse a la altura indispensable de la discreción y el buen gusto, sin que luego tratara de salir corriendo, pensando que no podría corresponder con esas demandas. Pero esa expectativa no hizo más que retrasar ese acercamiento del amor, al punto en que la etiquetaban de soberbia, frígida, fanfarrona o lesbiana. No obstante, la idea de una relación amorosa volvía a surgir, anhelando sentir de nuevo la experiencia de una mutua adoración revestida con palabras de poesía que no excedieran la poesía misma; de miradas atentas que no irritaran el fervor; de saber transformar una satisfacción sencilla en un gusto pulcro; de atenciones y preguntas por las noches a un pesado día de trabajo; de flores entregadas con sinceridad. Pocas, fragantes, envueltas en cualquier retazo de papel alegre sin el obsceno alarde que se hace de ellas cuando se regalan por docenas. Quizá la sensatez la había orillado a preferir eso por encima de los ramos tascados de trilladas rosas rojas, acompañadas de una nota hipócrita donde sin mayor imaginación dijera: «Con cariño de mi parte».

Irene buscaba besos, muchos besos: en las manos, en el cuello, en la espalda y en el incesante tiempo de una fina boca como la de ella. Comenzaba a visualizarse en el seno de un romance honesto y especiado, dentro de un galanteo salpicado de adorables impresiones en que se sintiera metafóricamente como un radiante candelero en la alborada natural de los años que ni el viento o las tinieblas se pudieran tragar. Sin embargo, a la par de su desiderata, a Irene le inquietaba la refriega de los años, suponiendo con acritud que quizá el amor y los afectos no bastarían para aliviar la sensación del tiempo conjugado en su persona. Habría que ver si el amor esperado hacía frente a un rival como la edad. Ante esa circunstancia, y con su empecinada sabiduría paliativa, Irene se decía que la esperanza no es más que saber que las cosas llegarán, a diferencia de la paciencia que solo es el estado pasivo de esperarlas, aunque en ese punto ella no sabía cuál de ambas profesaba, comenzando a obsesionarse por el brote ya notorio de imperfecciones que trataba de ocultar a diario con una fina capa de maquillaje.

La piel de toda la vida, como ella le llamaba, empezaba a fatigarse, y aunque su imagen evocaba una dulzura proveniente de la claridad de su alma, sentía que este era el fin de su atractivo. Entonces, la burda compo-
nenda de aforismos con los que la actriz trataba de aceptarse y convencerse se transformaba en un profundo pesimismo donde el empalme de la edad era contrario a los sempiternos credos de la vanidad, pues quien dijera que la edad es sinónimo de plenitud, estaría equivocado, porque en una actriz de cine, la tersura es una urgencia que se agota, y al no poderse renovar se extingue como una de sus fortalezas.

II.

Cuando la inquietud de la edad pasó al desvelo, Irene buscó a Talía para charlar en el café. Talía era la mejor amiga de Irene y la profunda relación que mantenían se había forjado desde los inicios en la actuación de ambas. Talía no logró las metas de Irene, aunque era una actriz muy decorosa que terminó ejecutando magníficos papeles en el teatro donde constantemente era requerida. Después de las formalidades, Irene comenzó diciendo que tal vez era momento de realizar una intervención, una cirugía para ocultar arrugas y silenciar las pullas de cualquier espejo, Talía le hacía ver que las intervenciones nunca pasan desapercibidas y que no hacían otro favor más que evidenciar un desesperado ruego de juventud inagotable. «Me refiero a que no renuevan nada, querida, solamente falsifican y siempre se verán como lo que son, como una cirugía». Talía trataba de mitigar la aflicción de Irene, espoleándola con magistrales conclusiones de diálogo teatral: «Una mujer como tú, una mujer realizada, no puede pensar como una tonta. Las mujeres se reconocen solo por lo que han hecho de ellas mismas y eso no es gratuito, porque solo llegas ahí después de dominar tus luchas. ¿No ves que la madurez es el gran don? No hay razón para ocultar lo que has luchado. Nadie escapa de los años, pero solo conquistándolos podrás consumir lo que el universo pide de una mujer real: perfeccionarnos hasta el último de los momentos y no ser unos monigotes a los que cambias las extremidades cuando se han gastado. Además, si existe una forma de clasificar a las mujeres, es por sus vacíos... Las peores, créeme, son las que no superan el fetiche de la juventud. Esas *jovencitas* se reconocen por fingir integridad, por idolatrar a los guapos, por indigestarse con cumplidos y abusar de soñadores. Son las que hacen de la vanidad un modo de vida, no para llenar al mundo de gracia, sino para

consignar detrás de sí a un rebaño de enajenados y darse el lujo de escoger al más patán y primitivo. La madurez, Irene, es el gran fuego de la vida y no hay vanidad que la oscurezca, y la que no la posea no sabrá qué es la hermosura de la belleza hasta que ve cuanto ha vivido y aprendido...».

Talía decía, también, que la juventud era un proceso y que en todo caso ser joven no dependía de ser una inextinguible adolescente de cuerpo esbelto. «La juventud, amiga, es el alegre esfuerzo por madurar. Por eso la vida de una persona completa depende únicamente de cuanto ha decidido madurar. Lo más hermoso en esta vida es crecer, prosperar, encanecer. Si has decidido buscar nuevamente el amor, que sea el reflejo de todo lo has luchado en tu maduración».

Lo más hermoso en esta vida es crecer, prosperar y encanecer... Quizá Talía estaba en lo cierto, siendo una poetisa y una mujer apasionada y segura, por eso Irene la estimaba, dejando de lado la idea de una cirugía.

Días adelante, Talía correspondió a las preocupaciones de Irene con un obsequio que mezclaba insinuación y broma: un estuche de maquillajes cuya magia era ser un producto de exclusividad que no dañaban la piel y que además la nutría por su origen orgánico. «Justo para tu porte, amiga». Irene comprendió el mensaje, y aunque fuera de cámaras odiaba el maquillaje, recordó la tenue capa que utilizaba para disfrazar la edad en esos días.

Esa ojeriza contra los coloretes tenía su origen en las sesiones de emperifollado aplicadas para los rodajes. Le daban vértigos, así que personalmente usaba un poco solo cuando fuera estrictamente preciso sin ir más allá de un leve toque de cualquier carmín que resaltara una facción desmayada. Más allá, Argelia Trestman solo utilizaba una capa vaporosa de maquillaje que no tuviera más intenciones que dar tonalidad a sus rasgos, así que Irene agradeció el regalo pensando que podría usarlos esporádicamente, solo para dar al clavo con sus disimulos.

III.

Tras finalizar la filmación de un corto nuevo, Irene fue llevada a festejar a una residencia en las colinas perteneciente al ostentoso productor de aquella cinta, padre, por igual, del director que la realizó. Entre los invitados se hallaba una serie de reconocidos intelectuales, de principiantes y viejos conocidos de la industria, y entre todos se encontraba un hombre de sonrisa medida y actitud singular. Su nombre era Elías, llevado a la reunión por

otro invitado. Elías era un hombre extrovertido pero contenido, con rasgos de alegre millonario solterón, aunque esa cualidad no era más notoria que su pronunciación extranjera del idioma. Confiadamente se acercó a Irene para presentarse como un admirador de su trabajo, reluciendo una pajiza pero efectiva sofisticación: «Soy Elías Tewfik. Argelino». Al decir esto, Elías tomaba la mano de Irene haciendo una muy ensayada mueca de posar los labios en el dorso femenino. Irene respondió con un gesto de sarcasmo preguntándole algo todavía más chocante. «¿Argelino como Agustín el de las *Confesiones...*?», pero con una sonrisa determinada él respondió: «Argelino, como Camus del *Sísifo*, aunque también tengo sangre italiana».

Su apariencia franca delataba una personalidad aguda, dando la impresión de poseer talento nato para destacar y mostrar a la vez un carisma dosificado, así como una inusual cultura que se proyectaba en esa clase de comentarios espontáneos, lo que repentinamente contrastaban con la vestimenta informal que usaba a gusto propio. Subía las mangas de su chaqueta como los relamidos detectives del *Miami Vice*, dejando ver el ancho de sus antebrazos tupidos de vello que poblaba su piel morena. Debajo portaba una playera que no restaba gala a su traje gris, mucho menos porque lucía un raro estampado en griego: Πηρι αναστασης νηχρων, ocurrencia que, sin darle importancia a su complicada y poco encantadora traducción, simplemente le otorgaba un aire más hechicero a su apariencia.

Elías hablaba con Irene sujetando un vaso de agua mineral con *whiskey* en la mano sin dejar de pronunciarse con esas oraciones que lo destacaban. Esos rasgos y ese perfil característico, venidos de una soslayada región del mundo que ella misma desconocía y que apenas si identificaba porque ese era su nombre original, no le parecieron tan desagradables después de todo, mostrando un interés por ese hombre que a pesar de sus canas era un poco más joven que ella.

—Pero dime, ¿cómo es Argelia? Nunca he estado ahí... —preguntaba Irene tratando de entablar un poco más de comunicación. Él, sin aflicciones melancólicas, respondía:

—Es un país de pocos lujos, construido sobre arena. Apenas abandonas la capital y parece que los minaretes brotan del desierto, que no se cansa de borrar las huellas de los beduinos que lo recorren. No hay mucho que disfrutar, te aburrirías de ver las refinerías y los gaseoductos abriéndose paso entre las poblaciones y la naturaleza, entre los terrenos áridos. En el mar también te aburrirías de ver las embarcaciones en la costa de Argel que casi nunca van a mar abierto, aunque es una vista agradable.

—¿Y Argel es...?

—La capital. Sí.

—¿Y ahora vives en...?

—Mi bisabuela era italiana. Vivo en su antigua casa de Albano y amo lo italiano porque son fanáticos de la ciudad y son fanáticos de la campiña. Son fanáticos de los mosaicos. Son fanáticos de lo estrambótico y son fanáticos de imposter la voz. Son fanáticos del vino a toda hora. Son fanáticos por tradición. Los italianos gustan de crear belleza y rodearse de ella, no la ignoran como otros, pero quizá lo que más me gusta es que son fanáticos del movimiento, de la música, del contrapunto. Adoro estar aquí.

Irene se sintió atraída a la conversación de Elías que lucía un desenfado sintonizado con sus rasgos de millonario solterón, sin ocultar el exotismo de un galán peregrino que en todo momento hacía notar su cultura. Aun así, sus pretensiones no hacían sino acusarlo de forastero, una persona peculiar que decía admirar a Irene y lo italiano. Esa estampa, difícil de ensamblar en una sola entrevista, abrió la curiosidad en ella haciendo que su intuición comenzara a trotar al engañoso ritmo de una jovencita como las que Talía le había advertido.

Al paso del encuentro, Irene comenzó a disolverse en el humor de una noche sazonada por el carisma de un raro extranjero. La angustia provocada por la edad parecía borrarse momentáneamente en la presencia de ese tipo extravagante, uno que podría ser una opción por la escenografía que proyectaba. Sin mayor problema, Irene y Elías escrutaron una fecha para coincidir de nuevo, en un bistró de la ciudad o en las salas de filmación. Pocos fueron sus primeros encuentros a partir de aquella noche, pero en todos profundizaban un poco más su mutuo conocimiento.

Elías era un productor huido de las carencias de su país esperanzado dar el golpe de una buena cinta, de una enorme cinta comercial que no fuera otra de esas mermadas películas para televisión en las que se había desempeñado para mantener su carrera, ya que profesaba un implacable entusiasmo por las grandes obras, anhelando engendrar una película que llegara a las salas, que cobrara bofetaje, que ganara en festivales y que se perpetuara en los elogios de generaciones de conocedores del cine internacional, o al menos en las recomendaciones de un buen conocedor que hablara de esa película como el suceso de los tiempos filmicos. Sueños altos los del inescrutable africano, aun así, ese cine de audiencia ordinaria le había procurado el dinero suficiente para adquirir una mansión, vehículos y hasta un *lear jet* de agencia que

rentaba como taxi aéreo para otros hombres de negocios, y que descontando la nómina de la tripulación, el mantenimiento, los combustibles, la renta del hangar, matrícula e impuestos, dejaba un satisfactorio margen de ganancias.

Elías decía ser amigo de otros respetados directores y ejecutivos como Lucien Colombe y Ernesto Segovia, enormes referencias de la producción cinematográfica mundial, aunque ellos apenas se acercaron a él como un mero facilitador de locaciones, de actores o vestuario, contactándolo, quizá, en un par de ocasiones solamente con arreglos que no eran más que acuerdos de negocios. «Pero el cine es una profesión que se debe aprovechar paso a paso», decía él.

Sin ideas para el futuro, Elías conservaba una pequeña fortuna que no era poca cosa pero que al paso del tiempo disminuía en la esperanza de encontrar el camino de su obra maestra, y por eso trataba de ser austero en los términos que un administrador cauto pudiera serlo mientras mantenía a flote su estilo de vida. Esa austeridad le abrigaba un disimulo que muy pocos percibían, lo que sumaba más ardid a su persona.

Estaba claro que Elías conocía la carrera y trayectoria de Irene, pero dar con ella se debía más a la fuerza de la casualidad que al legítimo interés por cautivarla. Ella era una especie de fatalidad y los productores suelen entablar relaciones de dominio sobre las actrices, pero Irene era diferente. Ella lo aceptaba y se sentía interesada mientras no observaba en él los rasgos propios de la gente del medio. ¿Qué podría pasar si por ahora rompiera con sus admoniciones y saliera con un productor desconocido? Quizá hallaría el regazo esperado, y guiada por los arrastres de un capricho incierto que posiblemente desembocaría en una sociedad amorosa, comenzó a portarse accesible y expresiva, mientras que él aprovechaba la oportunidad de salir con una actriz reconocida, y dada su experiencia en el cine. Elías no pensaba desaprovechar ese paso.

Ambas figuras comenzaron a frecuentarse más, y en cada cita concordada, Elías gustaba de mostrarse generoso procurando llevarla a sitios costosos como bares de élite donde podían escuchar música sencilla y agradable, clásicos de la música bien ejecutados, mientras ingerían bebidas preparadas con argucia para elevar su precio. Desde luego, en esos lugares se podía acudir al sanitario a codearse con la estirpe joven que inhalaba cocaína sin sufrir las etiquetas del adicto negligente, justo como Irene presenció una noche al salir del inodoro con esa chica vestida de negro, llorando con furia sobre el extenso lavabo de cinco grifos mientras su amiga la consolaba sosteniéndola por los hombros.

Cuando Irene retocaba su cabello, esa chica alzó su cabeza mostrando un llanto iracundo causado por la ebriedad —y quién sabe qué otros demonios— dejando ver en su rostro una mancha caliginosa del rímel embarrada sobre sus pómulos como un borrón de petróleo sobre arena. A la brevedad, la mujer sorbió tres líneas de polvo entre cada uno de sus gimoteos y el rosario de palabras desbordadas que los acompañaban. Al hacerlo, debajo de su nariz apareció una mancha grisácea del químico macerada por un hilo de sangre que patéticamente escurría encima de su labio.

La chica emitió varias palabras inconexas, rudas y humedecidas. Irene miró hacia su lado notando sobre la placa del lavamanos otra línea remojándose por las inevitables salpicaduras de agua. Al verla, Irene recorrió un conjunto de impresiones desalentadoras. ¿Cuál sería el desconuelo de esa mujer? Se preguntaba, mientras guardaba la imagen con templado desprecio, no por ser la primera vez que presenciara algo similar, sino porque le hizo recordar todo lo que Talía había dicho sobre las mujeres jóvenes, que no sopesan la madurez fingiendo ser personas adorables. «Tan joven y tan detestable», pensó, pero al fin comenzó a sentir un alivio a esa dura sensación que la angustiaba. Así que, sin mostrar más importancia, acercó su rostro al espejo frotando las arrugas de sus sienes con alegría, mirando de reojo a aquella joven de triste destino.

IV.

Cuatro meses transcurrieron cuando Irene quiso dar una sorpresa de cumpleaños al productor, reservando una cena en otro restaurante de fama, pero esa tarde el negocio cerró debido a una llamarada en la cocina que apenas alcanzó el calificativo de siniestro. Sin más opción, la administración se disculpó con la clientela pegando un rótulo en la puerta principal.

Por causas de fuerza mayor, el restaurante queda cerrado hasta nuevo aviso. Agradecemos su confianza y los esperamos en nuestra reinauguración.

Atte. La gerencia.

Irene se sintió frustrada. No iba a componer la noche buscando uno de esos establecimientos de cadena, abundantes a esa hora, pero sin categoría para celebrar a Elías, que propuso hacer algo más personal, algo menos solemne pero igual de significativo. Irene pensó en su apartamento. Quizá

era momento para completar la intimidad y hacer efectiva la oportunidad de borrar sus temores en una floresta erótica, completada con vino tinto sudaficano, fainá con carne y berenjenas de la *trattoria* de Tereza, una película divertida y pastel de pistaches con crema. Esa improvisación fue extraordinariamente romántica, meritoria de dos personas que se encuentran por encima de las palabras, entonando con arrebato las expresiones tácitas que los anteriores encuentros habían acumulado a su favor. Ese fue el momento justo en que Argelia creyó encontrar la partícula de amor perdida, aunque para él solo fuera la oportunidad de hacer el amor con la elogiada actriz («el cine es una profesión que se debe aprovechar paso a paso»).

Cuando llegaron al hogar de Irene, el productor constató su gusto por los objetos ostentosos junto a una estela de triunfos cosificados en diplomas y trofeos. En 230 metros cuadrados había colocado la memorabilia de su carrera con elegante orden en todo tipo de piezas que hablaban de su presencia internacional. Cuadros, estatuillas, constancias enmarcadas por todas las paredes y un anaquel repleto de fotografías con personajes centrales del cine, la política, la literatura. De vez en cuando, Irene entraba a sus habitaciones por objetos que después se convertían en tema de conversación, mientras que él evitaba mencionar su paso por el cine sin dejar de tocar, de acariciar y besar a Irene con el tacto de un conquistador experimentado. Ella explicaba abreviadamente al argelino el significado de los objetos más llamativos mientras escuchaba sus limpias felicitaciones. Al fin llegó el momento de la cena e Irene puso música alegre, encendió las luces y movió las cortinas de su sala dejando ver una exquisita panorámica de la ciudad antelada por el bosque donde se ubicaba su apartamento.

La comida no fue de mayor exquisitez, pero el sabor castizo, acentuado por la mezcla de ingredientes dio un carácter más romántico al avance de la noche. El espíritu del vino se liberó, mientras Elías cercaba el cuello de Irene oliendo el almendrado aroma de su *shampoo*. Elías cambió después el vino por un *brandy* que groseramente reducía con refresco. «Así suelen tomarlo en Norteamérica», decía tratando de estimular el antojo por esa ramplona bebida. La charla fue haciéndose más directa, más procurada.

El tiempo transcurrió con amenidad y la ocasión daba muestra del apego carnal resplandeciendo sobre sus cabezas. Poco a poco, y dentro de la hondura del alcohol consumido, lo inevitablemente pasional se anidó como figura efectiva de lo buscado. Lo que a los ojos de ella se observaba como un fulgente porvenir, y lo que en un recodo en la mente de él se había formalizado como

mero gozo y seducción, convergieron en todo lo que estaba sucediendo. Irene abandonó sus complejos en los brazos masculinos de Elías, sintiéndose más segura por la confianza, mientras que él se dejaba llevar por la deleitante atmósfera.

Noche sagaz. Un salto al erotismo y sus mendas se condujeron en el nervio de un paraíso terrenal simulado en la fastuosa casa de la actriz. Podría ser que el amor no fuera aún la premisa que los ciñera, pero sacudidos por una emoción tan viva y corporal sus médulas quedaron rasgadas al filo del orgasmo y de la luz lunar derramada sobre el piso de la habitación, otorgándose el mejor beso que jamás habían recibido. Ese beso diluyó la ansiedad que la oprimía volviéndola indiferente al aspecto de sus facciones deslucidas en la piel de toda la vida, como ella le llamaba.

El cerebro conducido por el aroma; el cuerpo conducido por el ritmo; el contacto, la transpiración y los gemidos los llevaron hacia una delicada realidad inmaterial que se cerraría después de terminar el acto. En ese momento de gracia, coronado en la espera de una fina caricia, el sabor encendido de los labios parecía suficiente iniciativa para encontrarse con Argelia la mujer y al mismo tiempo con Irene, la artista, la incansable persona que ni el tiempo en su carácter de tirano iba a romper. Su ser maduro, sin arreglos ni fachtas insistentes, la llevaban nuevamente al sitio excepcional en donde no importan las transcripciones del amor, pues el amor en el amor mismo, el amor conducido por sí, siempre es puro y evidente, y en él no hay tiempo para arrepentirse como tampoco hay apariencia que sufrir, porque como decía Talía: «Lo natural y más hermoso es crecer, prosperar y encanecer...». Sin embargo, estas percepciones quizá fueran apenas una miserable metáfora si Elías no se mantenía a la altura de ese mismo aprecio. ¿Pero acaso importaban dichos requisitos en ese momento?, desde luego que sí, pero Irene no echaría a perder aquella sublime representación del amor fecundada en el placer erótico.

Esa entrega fue marcada como garantía del futuro, de un amor trazado en el amor mismo como el que se había empeñado en encontrar. Más tarde, la menguante luna decembrina ungía con sus puntas la vista de la habitación, y entre las euforias de aquella plenitud, terminaron la jornada, satisfechos y rendidos, esperando entrelazados el amanecer, cargando cada uno en su cabeza lo que aquel momento había significado para ambos, que, posiblemente, no era la misma idea.

V.

Eran las seis de la mañana cuando las frazadas se deslizaron dejando el cuerpo de Irene expuesto al frío de la madrugada. Al despertar tan repentinamente notó la ausencia de Elías en la cama. Estaba sentado frente al espejo de la recámara con un tenue bombillo encendido. Silenciosa y traviesa, y con la intención de no hacer un movimiento estrepitoso que llamara la atención de él, se acercó al tocador en puntillas soportando la gelidez. Elías no notó que Irene se acercaba mientras se mantenía sentado sobre el taburete usando su trusa solamente. Sobre el tocador se hallaba la caja de maquillajes que Talía había obsequiado a Irene meses atrás con apenas marcas de haber sido utilizado. Irene miró sorprendida el rostro de Elías reflejado en el espejo con el rostro maquillado, remarcado especialmente en sus párpados y mejillas. Al ver a Irene a su lado se sobresaltó y en la espontánea confusión de la situación hizo un movimiento raudo sobre el tocador tirando al piso alfombrado lápices de rímel, una brocha y una bolsa pequeña de plástico de su propiedad. Irene preguntó qué hacía. Elías balbuceó ofuscado: «¿Qué haces despierta...?», y al tratar de borrarle el maquillaje tallándolo con sus manos, un hilo de sangre comenzó a caer de su nariz mientras ella lo miraba perturbada. Con el frote de sus extremidades, Elías abigarró los colores sobre su rostro haciendo de su perfil algo más grotesco e inquietante, sintiendo que la sangre caía de su nariz. Irene observaba desconcertada mientras él trataba de proferirle palabras entrecortadas por su acento y por el nerviosismo de ser descubierto inhalando cocaína.

Irene recordó a aquella chica en el baño del bar semanas atrás y sintió como su expectativa se demolía instantáneamente en la vergüenza de confiar en aquel decepcionante compañero. No era solamente el hecho de encontrarlo maquillado, sino la vertiginosa conexión mental que se hacía al recordar el rostro, el sufrimiento y la furia de aquella joven plasmados en el rostro de él. Su expresión cambió en un profundo desencanto mientras él se mantenía sentado tratando de encontrar una justificación salvífica ante ella, pero no la había.

El llanto se obstruyó en Irene. Aquella impresión era más absurda que sentimental y la única reacción que tuvo frente a lo sucedido fue tratar de reprimir su náusea dándole una orden a Elías: «¿Quieres hacerme el favor de limpiarte y largarte!», arrojándole un pañuelo que jaló de los cajones.

Esas palabras fueron lapidarias para él, que de inmediato comprendió su situación dejando una tupida mancha de sangre en el papel: «Oye, yo,

espera, escucha...», pero Irene se alejaba con un desagradable sentimiento de ruptura interna, yendo a su teléfono para solicitar un taxi a domicilio. «En un momento vendrán por ti. Te pido que te vayas...» y al decir esto se encerró en el baño de su habitación. Elías, movido por la cocaína que acababa de esnifar, se acercó a la puerta del baño tratando de abrirla sin éxito. Irene se había encerrado mientras que Elías espetaba palabras cada vez más agresivas. Su euforia subía debido a la frustración y a la adrenalina de la droga despaachando más groserías, pero al no tener respuesta del interior golpeó la puerta con mayor hostilidad esperando que su ímpetu tuviera una contestación.

«Entonces no me darás una oportunidad, ¿verdad...? ¡Maldita san-turrona! ¡Acaso creías que todo era tu mundo de recatos! ¡Contesta, abre!», y en cada expresión golpeaba la puerta con mayor brusquedad. Por dentro, Irene mantenía los ojos cerrados esperando a que cayera una primera lágrima, pero su cabeza estaba tan abrumada que el llanto se había paralizado. No eran pensamientos lo que la invadían, ni voces, ni la imagen de lo sucedido. Era el peso de una extraña suciedad lo que la asaltaba y la disminuía, y nada, ni las palabras esmeradas de Talía, habrían sido suficientes para apagar las brasas de ese caos.

Los golpes continuaban del otro lado de la puerta mientras que Irene, recogiendo sus rodillas contra el pecho, mascaba duramente el griterío de él, que continuó hasta que lastimarse la mano en un último porrazo. Sacudió su extremidad y la observó tratando de entender la lesión. Limpió su nariz nuevamente y volvió al espejo para desmaquillarse por completo. Recogió su ropa vistiéndose para marcharse prorrumpiendo más palabras deshonorosas. El interfón timbró indicando la presencia del transporte. Al salir Elías de la recámara gritó con fuerza en dirección del baño: «Creo que irme es lo mejor. Sí. Después hablaremos, cuando acabes de entender. Yo soy paciente. Después de todo, soy lo único que te quedará...».

Al escucharlo salir, tirada sobre el piso, Irene al fin pudo librar su llanto.

VI.

Año y meses después, Irene regresó de Minnesota tras convalecer de un accidente en autopista que fracturó su pierna izquierda, una costilla, la muñeca y la mano. El número de personas que mostraron preocupación por ella era enorme, aunque entre todos resaltaban uno: Elías por su ausencia total.

La tarde que dejó el hospital, Talía, que la había acompañado en su recuperación, descubrió que la agilidad de Irene se había perdido en pos de un bastón que la auxiliaba, aunque eso no silenciaba la hermosa sonrisa que la distinguía. Aun así, Irene abandonó el hospital con tinte nuevo en el cabello, un poco de labial rojo y las uñas de las manos pintadas con el mismo tono. Al verla salir, Talía no dejó escapar la oportunidad para decir lo guapa que se veía. «No está mal, ¿verdad?», respondió Irene con entusiasmo. En un bar ambas reían chocando sus pequeñas copas de oporto, sintiéndose complacidas por la solidaria compañía. Al poco rato los televisores del lugar sintonizaron el encuentro amistoso de fútbol, e Irene, curiosa, preguntó al empleado qué equipos jugaban. «Es la selección de Italia contra la de Argelia, madame». Perspicaz, Talía encajó su mirada en los tiernos ojos de Irene para preguntarle con malicia juguetona. «¿Cuál es tu favorito hoy, mujer?». Y mirando el color hipnótico del barniz en sus uñas, Irene respondió maduramente: «A Argelia, por supuesto. ¿Qué acaso no es mi nombre?».

DECISIONES REPENTINAS

Por David Espino Lozada

La mujer esperaba en la esquina de la calle. Parecía a una de esas mujeres que no parecen, con un rostro igual o peor que el promedio y una vestimenta nada fuera de lo común. Llevaba un pequeño bolso negro que mantenía firmemente adherido bajo su brazo derecho y una carpeta azul de plástico, medio traslúcida, con documentos tamaño carta. En todo el tiempo que permaneció allí se movió poco, evitó hacer contacto visual con todos y nunca se le ocurrió revisar el reloj.

El hombre, al llegar al zaguán, tardó un minuto en reconocerla. Entonces se volteó hacia ella y la mujer levantó la mirada. Primero no dijeron nada, quizá porque no sabían qué decir, hasta que el hombre decidió romper el silencio:

—¿Cómo me encontraste?

—Llamé a tu casa.

—¿Hablaste con mi mamá? —preguntó entre molesto, sorprendido y nervioso.

—Sí, pero no le dije que era yo —respondió la mujer—. Pensó que era del trabajo; de todas formas no se acuerda de mi voz.

El hombre abrió la puerta y le pidió que pasara. Desde el zaguán el recorrido hacia su casa era estrepitoso: caminaron por un largo pasillo, después subieron unas escaleras sin iluminación y, sosteniéndose de un barandal bastante flojo, terminaron por entrar a una casita que estaba ya abierta. Un grupo de personas, reunidas alrededor de un sillón viejo y unas sillas de acampar, reían y bebían mientras que ellos pasaban sin ser notados. Si el hombre no hubiera dado las buenas noches nadie los habría saludado. Entonces entraron a una pequeña habitación y él cerró la puerta. La mujer se sentó en la cama, porque no había dónde más sentarse, mientras que él permaneció de pie.

—Entonces...

—Estoy comprometida —dijo—. Me voy a casar pronto y necesito que me des el divorcio.

El hombre sintió que su corazón se hundía. A pesar de que apenas recordaba su matrimonio, que ella se lo dijera por primera vez lo tomó por sorpresa. O tal vez no. En las ideas que cruzaban por su mente en aquellos momentos, el inesperado retorno de su esposa solo parecía ser lógico si se trataba de algo así. Entonces comenzó a reconocer la emoción que sentía, o más bien la que sintió por primera vez en esa noche, pero que sería con la que definiría para siempre ese reencuentro: desilusión, el momento en el que se cumple algo que tarde o temprano ocurriría, pero que siempre esperaba que fuese más tarde hasta que no lo molestara, así como la fecha de su muerte o cuando se calcula que el sol extinga su llama.

—No tenías que aparecer así —se sentó a su lado—. Quiero decir, pudiste haberme llamado para decirme esto.

—No sé.

—¿Hasta dónde te fuiste? ¿Estás lejos?

—Un poco —pasó la carpetita a la otra esquina de la cama, como si así se deshiciera de los documentos que estaban dentro de ella.

—¿Y él sabe que estás aquí?

—Es mejor así —respondió.

Se quedaron en silencio. Ahora que por fin estaban bajo una mejor iluminación notaron sus cambios después de casi doce años. Él había engordado un poco; todavía usaba los pantalones por debajo de la cadera, pisándose la valenciana. Sus ojos se habían hundido más, sus labios aún eran secos y delgados, sus dientes estaban más amarillos, pero bien podía atribuírsele a que ya era de noche. Se estaba quedando calvo. Todavía no lo suficiente como para hacer algo, pero sus entradas habían crecido de manera considerable y el remolino de su cabello comenzaba a mostrar su cabeza. Tenía algunas canas y ahora le crecían pelos en las orejas y la nariz. Ella, en cambio, lucía más delgada; pero no un delgado bueno, sino que más bien parecía como enferma, como si estuviera chupada. Ya no usaba tenis, sino que alpargatas con tejidos sutiles. Sus blusas todavía eran de tirantes, pero ahora era consciente de que la grasa ya no la acumulaba en las nalgas, sino que en los brazos, y siempre llevaba una chamarra de mezclilla o alguna prenda similar. Su cabello había adelgazado; su frente por fin se había marcado, a pesar de evitar por tantos años que le salieran marcas de expresión; su piel se sentía más seca. Ambos se sentían demacrados, al menos a comparación de cuando se conocieron por primera vez.

—Pensé que no me reconocerías.

—Pero si te ves igualita —dijo.

La mujer sonrió y le dio un abrazo. Él la abrazó también, acercándola hacia su pecho. Permanecieron así por un buen rato hasta que, sin decir nada, él se levantó para apagar la luz. La mujer se quitó la chamarra y las alpargatas, el hombre se quitó los zapatos y los pantalones. Entonces ella se puso en posición fetal y él la abrazó de nuevo. Así permanecieron toda la noche, tal como su noche de bodas, cuando eran dos niños que, sin decirle a nadie en el mundo, se les ocurrió casarse y escaparse de luna de miel un fin de semana a la playa. Y en cuanto llegaron al motel en la noche, después de muchas horas incómodas en el camión y sin poder estirar las piernas, se abrazaron de la misma manera, medio vestidos, sin decirse una palabra, y no despertaron hasta medio día.

Ahora, en cambio, el hombre despertaba diario a las seis de la mañana. Se paró como siempre, olvidando por completo que tenía compañía. A la mujer pareció no molestarle el despertador y continuó sin moverse, como había dormido siempre. El hombre la miró desde la puerta del cuarto. Después de tantos años, sintió que por fin podía funcionar. Ya no sería un sueño guajiro como antes, lleno de aventura, sino un matrimonio común y corriente, que cena en compañía del otro y permanece en cama los fines de semana. Sonrió mientras continuaba observándola, como si estuviese tranquila porque por fin había vuelto a casa. Y él, como muchos hombres en su situación, sintió amor. No solo amor hacia su mujer, sino amor al prójimo, amor a la vida. Hasta que la sensación desapareció. Firmaría el divorcio, iría a trabajar y volvería a su habitación de noche, encontrándola igual que siempre.

No quiso molestarla, entonces abrió y cerró la puerta con delicadeza. Fue a la regadera y esperó a que saliera el agua tibia.

Silao, 2023

TERCER ACTO

Por Héctor Carreón Perea

Son las diecinueve horas, aún tengo tiempo suficiente para valorar qué corbata es la más adecuada. Vestiré el traje gris, es una noche importante y no pretendo liarme con el buen gusto, prefiero dejarlo todo al primer impulso. Definitivamente, la corbata azul es la mejor, el sentido común en mi alcoba se evapora, los minutos también, no debo permanecer mucho tiempo frente al espejo, pues siempre que lo hago termino ensayando el próximo discurso que daré.

En alguna ocasión leí que en Osaka un pez lábrido limpiador azul bautizado *número 1*, tuvo consciencia de su reflejo cuando se miraba en un espejo, como lo hacen los grandes orangutanes y los elefantes. Conminé a mi perro a hacerlo, pero este no dejaba de ladrar y de confrontarse con su propia imagen.

Aseo mis dientes, tomo las llaves de mi cuarto y salgo apresuradamente. Tengo en mis manos el mapa que me entregó Katharina, al parecer no son diez cuadras las que tendré que caminar, son más, catorce en total, no importa, estoy a tiempo.

Durante mi trayecto a casa de Katharina me percato que la ciudad es antigua pero la arquitectura de sus edificios la hacen parecer más jovial. Muchos me dicen que no es fácil advertir determinadas cualidades del entorno en que vivimos, para mí sí que lo es, y creo que para todos lo sería si al menos tuvieran el cuidado de dar un vistazo a lo que hay arriba de nosotros, y dejar de mirar la fría e insensible banqueta. Es cierto lo que dicen: las personas literalmente cargan con sus preocupaciones y frustraciones, que irremediablemente se tornan descoloridas.

Cuadra catorce, número setenta y uno. He llegado a mi destino, el trayecto ha sido largo, pero no me ha parecido, ni siquiera estoy agitado. Me acerco a la puerta y advierto que hay cinco timbres y no recuerdo el número interior, es una decisión compleja. Presiono simultáneamente todos ellos; emerge una voz grave que emula a la de Leonard Cohen, otra muy aguda como la de Justin Hawkins cantando *I believe in a thing called love*, un fuerte

gruñido de un ruido también se integra a este arcoíris de sonidos, pero entre ellos se distingue una voz dulce, sé que es ella y que me está esperando, me indica que baja enseguida.

Por generación espontánea comienza a invadirme un motivo sensible, las palmas de mis manos transpiran insistentemente, el cuello de la camisa me aprieta un poco, caigo en la cuenta de que es la primera vez que nos vemos. Estoy demasiado nervioso, pero me mantengo en el frente de batalla. La puerta se abre y ahí está ella, justo como la he imaginado, inmaculada. Me extiende su mano y me invita a pasar, a lo cual accedo con entusiasmo. Subimos lentamente una escalera en espiral, la escolto, pero a su vez atiendo la peculiar arquitectura interna del edificio; por fuera la fachada es gris y antigua, por dentro todo está coloreado de rojo, pareciera que la propia estructura irrigara sangre, como si tuviera vida propia. Estoy en el corazón de su domicilio.

El edificio es alto, más de lo que parece a primera vista, subimos los últimos diez escalones, su apartamento está en el último piso, al parecer son espaciosos, aún no lo sé, pero estoy por averiguarlo. Se detiene frente a la puerta y extrae de su bolsa una llave de tamaño considerable, más grande que su mano, es un arcano que un objeto tan grande quepa en un recipiente tan pequeño.

En nuestra comunicación escrita, siempre ha sido una mujer muy cordial y amena; me percato que el trato no ha cambiado. Me invita a pasar a su apartamento, e inmediatamente me conduce a la sala. He de confesar que sigo un poco nervioso y angustiado, pues subiendo las escaleras comenté que su madre la ha visitado y que está muy interesada en conocerme; yo hubiera preferido que las circunstancias fueran otras, que el interés se convirtiera en indiferencia.

El apartamento es de buen gusto, la mayoría de los muebles están hechos de madera y los ventanales son bastante grandes, cubiertos por una cortina traslúcida. En el centro de la sala se encuentra una mesa de mármol; sobre ella un florero antiguo sin acompañantes, solo hay dos sillones —muy cómodos, por cierto—, lo más curioso es que están orientados hacia una cortina roja aparentemente muy pesada.

Cualquier persona pensaría que se trata de un telón y no de una cortina, pues la magnitud de ésta es sorprendente. Katharina se disculpa y se dirige a su recámara, al parecer ha olvidado algo importante. Yo sigo intrigado, el telón oculta algo, puedo percibirlo, incluso he llegado a escuchar

un ligero suspiro, eso me inquieta un poco, pero no es impedimento para que me acerque.

Me levanto y me acerco lentamente, pero antes de llegar al telón una voz ronca y femenina profiere: «Estás a tiempo». Esto me toma por sorpresa, por lo que retrocedo rápidamente para situarme nuevamente en el sillón, pero mi impresión es mayor cuando una silueta indistinguible se asoma en medio del telón, inmediatamente extiende su mano y se dirige lentamente al lugar donde estoy.

Simplemente no encuentro palabras, la distancia entre el telón y el sillón es bastante. Me toma del hombro, estoy paralizado, un temor repentino se apodera de mí. Escucho a Katharina, me dice que está lista, la mano pálida se retrae rápidamente al oscuro lugar donde estaba enclaustrada.

Katharina me mira de manera conmovedora y me hace sentir tranquilo por un momento, por lo que prefiero no comentarle lo sucedido. Salimos de su apartamento, yo salgo primero, olvido los modales por un instante y ella no lo toma a mal, mi sobresalto hace que se percate del incidente, pero no me dice nada, prefiere guardarlo.

En un principio yo tenía planeado ir al cine, pero ella no está muy convencida, prefiere ir a otro lugar, me dice que tiene un deseo infalible de ir al teatro, no me desagrada la idea, hace mucho tiempo que no asisto a una función, sin embargo, creo que es una decisión precipitada, pues no tengo un segundo plan.

Cambiamos de dirección y caminamos aproximadamente treinta minutos. A pesar de que estuve sentado en el sillón de su sala me siento muy agotado, en cierta medida desganado, ya no camino, deambulo como un *zombie*.

Hemos llegado al santuario, no me parece un teatro convencional, pero tampoco atraería mi atención si es que llegara a pasar por ahí, la función de hoy, *El León limonado*. ¡Qué nombre! Trato con todas mis energías de encontrar la taquilla, pero no doy con ella, es curioso, creo que la entrada es libre. No es un teatro muy concurrido, al parecer nadie nos acompaña, por lo regular los eventos gratuitos se abarrotan, pero este no lo parece. Invito a Katharina a pasar, la encuentro muy entusiasmada, como si despertara a la vida.

La puerta de la sala se encuentra al fondo de un pasillo nuboso que apenas logro distinguirla. A paso lento pero seguro nos acercamos a la puerta, la visión es casi nula, me percató que el pasillo está atiborrado de fumadores haciendo antesala, el olor es desagradable e intenso que no puedo apartarlo

de mí, en un momento de lucidez dejo atrás esa imagen y me concentro en Katharina, le resulta cómico todo aquello.

Nos tomamos de la mano y corremos apresuradamente a la puerta, la cual se abre automáticamente al llegar, el pasillo se ilumina de la luz proveniente del interior de la sala, pierdo la visión por un momento, pero al recobrarla advierto que los asientos están ocupados casi en su totalidad. Me reconforta saber que no somos los únicos.

Un acomodador nos indica que la función no tarda en comenzar, que es conveniente tomar asiento en algún asiento que esté disponible. Mucha amabilidad y organización en un evento gratuito. Encontramos lugares, pero ella no parece estar de acuerdo, la noto un poco angustiada. No deja de moverse en su asiento, parece estar incómoda, me desconcierta un poco. Se levanta precipitadamente y se retira a otro lugar, dejándome solo. Se sienta en medio de dos mujeres con hábito de color marrón, tomándolas de la mano.

Estoy muy desorientado por su impulso, pero parece no importarle, me confirma que piensa permanecer ahí. Mientras trato de convencerla de que regrese algo golpea mi cabeza con gran fuerza, el impacto es intenso, con mucho dolor llevo mi mano a mi nuca y me percato que estoy sangrando. Busco al responsable de la agresión, lo encuentro rápidamente, está sentado dos filas atrás, es un hombre de apariencia atávica que ríe por mi infortunio, y en su mano trae otra piedra preparándose para atacar nuevamente.

Me anticipo, recojo la piedra que me golpeó y contraataco, proyectándola en su frente con toda mi fuerza. Nadie hace nada, todos se muestran indiferentes. El hombre atávico cae en el suelo y lleva las manos a su rostro herido, por un momento siento remordimiento. Las luces se apagan, la función va a comenzar, pierdo de vista a Katharina, comienzo a buscarla por toda la sala, es una sala inmensa, no logro encontrarla, un acomodador me obliga a sentarme.

Tengo jaqueca, la sangre se ha coagulado. Ya no quiero continuar, he decidido dejarla tranquila, prefiero descansar un momento y entretenerme si es posible. Se abre el telón, la función ha comenzado y todos aplauden con gran euforia. Un domador y un león son los protagonistas, ladrones de la atención pública. El acto heroico del domador consiste en introducir su cabeza en las fauces de la bestia, todos nos encontramos atentos. Es la primera vez que presencio este tipo de espectáculos.

No quiero cerrar los ojos quiero verlo todo, a pesar de mi preocupación por Katharina. El domador cuenta hasta tres, golpea a la bestia con

un látigo y esta abre sus fauces, introduce su cabeza en ellas. Temo por la suerte del domador, y con justa razón pues la bestia ha engullido su cabeza. El público aplaude y el domador desprovisto de cabeza agradece al público la cálida respuesta. El telón se cierra inmediatamente, al parecer la función ha terminado, decido pararme, pero el acomodador se percata y me hace saber que la función aún no ha concluido, que sigue el acto principal.

Estoy fastidiado, ya no quiero presenciar otro acto sórdido. El telón se abre nuevamente, un sujeto se encuentra en el centro del escenario, estático y sin chiste, el público guarda un silencio sepulcral; trae en sus manos un báculo de color blanco, lo muestra al público y lo coloca en el centro del escenario. Todos atentos al acto principal, mientras el protagonista se retira por un momento.

En un instante regresa cargando una bolsa de piel color café. Trato de descifrar que es lo que hay dentro de ella, pero mi imaginación está ausente. Ante el asombro de todos, extrae de la bolsa una cabeza humana, bien maquillada con la apariencia de un mimo. La toma con ambas manos y la incrusta en el báculo; el rostro del mimo abre los ojos y comienza a tararear un vals mexicano que lleva por nombre «Sobre las olas». Es una magnífica pintura surrealista.

El acto concluye, pero nadie aplaude, todos parecen somnolientos pero satisfechos por la presentación, parece indicar que solo quieren recostarse en sus camas y dejarse arropar por melodiosas olas. Katharina me toma de la mano, me muestro un poco inquisitivo por su comportamiento, pero ella parece no darle importancia, me contraría su indiferencia; aun así, le comento de mi infortunio, examina la herida con cariño y me dice que sanará muy pronto.

Camino a su casa hablamos de mil tonterías, ella realiza cuestionamientos muy elaborados, yo en cambio prefiero reservar mis preguntas para otra ocasión. Llegamos, es un poco tarde. Intento despedirme, pero me invita a pasar a la sala nuevamente. No estoy muy contento pero su compañía me reconforta, a pesar de las descortesías. Una vez acomodados en el sillón, la imagen extraña vuelve a mi mente, la cortina roja se encuentra incólume, ella me pide que permanezca sentado, se postra frente a la cortina y llama a su madre.

El telón se abre, el tercer acto comienza, la locura me ha abierto sus puertas, no debí entrar. Un esqueleto descarnado se dirige hacia mí: «Bienvenido».

SOBRE MOJADO

Por Giovanna Enríquez

—Hoy es su día, maestros, una sonrisa, carajo... pues muchas felicidades, ahí agárrense una chela... que sin ustedes nomás no hay nada. Ahora sí que les debemos todo, maestros. ¡Salud!

El arquitecto llevó una lata de cerveza al aire.

—¡Salud! ¡Salud, inge!, ¡Arqui, salud!, ¡Salud, maestro!

Un pelotón de manos se embistió al centro de un círculo improvisado para chocar latas heladas de cerveza barata. En una radiograbadora chapoteada de pintura multicolor, sonaba un CD rotulado con plumón negro VIVA CRISTO REI en letra temblorosa, al lado de una cruz demasiado larga. Pedro Infante cantando muy alto «En tu día» desde las bocinas desgastadas. Bocinas de batalla, como le decía don Emiliano, «que se escuchen perro pa' no dormirse», decía.

Celebremos, señores, con gusto. Sí está bien bueno ese queso, inge. Este día de placer tan dichoso. Pásame una tortilla, doña Mari. Que tu santo te encuentre gustoso. ¿Otro taquito de chicharrón, arqui? Y tranquilo tu fiel corazón. ¿De cuál le pongo, de la que pica o de la que no pica?

II.

—Y le dije, te me vas calmando, Mari, a la próxima: si te digo *huevos rancheros*, son rancheros, no volteados, no fritos, no revueltos, *rancheros*.

—Armando se llevó una mano a la frente, arrastrando en su palma un jirón de sudor que terminó sobre un ladrillo raspado. Entre él y Gabriel cargaban bloques de adobe, uno a uno, para armar una línea perfecta que rematará los arcos de la entrada principal. Armando tiraba el primer jalón y Gabriel le continuaba montando cada módulo, uno sobre otro, para darle sentido a una forma que ambos, sin decir nada, entendían perfectamente. «Pura pinche lógica...», como decía don Emiliano, «...es lo que tenemos los albañiles. Qué

plano ni qué ocho cuartos», remataba.

—¿Y te los chingaste o qué? Yo que tú no me los hubiera chingado, ¿qué no?

—¿Los qué? Ah, ¿los huevos?, pues sí, ¿por qué no me los iba a comer? A ver, pásame el reventón, que se ve medio chueca esta madre.

—Pero estuvo chingón, ¿qué no?, digo, el inge siempre se rifa. El arquí es medio gandalla, y solo nos trae barbacoa ese día, pero pues yo sí me la pasé rebién. Yo pensé, la neta, que íbamos a seguírnosla, y hasta le había avisado a Susana, le dije, mijá, hoy no llego, te voy avisando desde ahorita, y hasta se sorprendió porque llegué temprano y dije, le dije, hoy te fue bien, eh, ¿qué no?

—Ey, sí. Allá en mi casa, llegué y todo como siempre. Pero igual hubiera estado bueno, ¿no?, un pulquito ahí de los que ofreció don Emiliano, que en la casa de su compadre, dijo, ¿no?, sí dijo. Pero ya luego. Ahorita no más échate la lechereada y ya estamos.

—Ya estás, te doy aventón, pero espérame.

—Te topo afuera.

Armando se sacudió las manos en los muslos, dejando en sus pantalones pántinas blandas de mezcla, sobando la mugre prendida a la tela. Se fregó de las manos a los codos con agua de un bote, antiguo contenedor de pintura, y de la misma agua hizo un buche que escupió sonoramente. De una mochila verde sacó una playera y un desodorante. Antes de ponérsela, en un gesto ensayado, roció del aroma a «vibra tropical» su playera en cuello uve. De donde lo dejara Gabriel, se iría caminando hasta la panadería, compraría unas teleras, un medio de leche y agarraría camino a casa sin detenerse en la casa de su sobrino. Ya le habían dicho que era absurdo querer entrar a un negocio familiar que no tenía ni pies ni cabeza. «¿Para qué entrarle a eso, si ni me va a dar todo el gane completo?», pensaba Armando cada que pasaba por la casa del *escuincle de veinte años*, dueño ya de una moto que se había comprado con esos «ahorritos del negocio familiar».

III.

—Me cae que ni manera hay de hacerla entrar en razón a tu hija, Pedro. Si se te va a ir, que se te vaya, pues. Si ya se agarró del chamaco ese, pues que se vaya. Después va a venir regresando a pedirte perdón por haber-

se ido. Así son, así es mi Carmela. Le dije, no te vayas a vivir a la casa de tu suegra, niña. ¿Y qué crees que hizo?, pues sí, pues no aguantó, y volvió por ahí de marzo a decirme, ay, papi, es que allá no me dejaban hacer nada y les tenía que hacer de comer.

—¿Y la dejaste volver, güey? Es que ahí está, ahí está, por eso no quiero que se vaya, pero ella insiste que nomás en lo que se alivia y ya luego se regresa acá, pero yo ya le dije también que ese chamaco lo va a tener en nuestra casa, bueno, que después de que se alivie va a vivir con nosotros. Yo no sé qué mañas tenga su noviecito, güey, pero no me gusta para ella, ya te digo yo.

—Yo ya te dije. Órale, dale al repellado.

Al poco, el arquitecto llegó. Desde la puerta de entrada hasta el final de la barda inmediata, recorrió las paredes con las puntas de los dedos, como si en el acto pudiera reconocer un *trabajo fino*, como decía cada que entregaba las obras. Los días de inspección eran tres a la semana. Se sabía que cuando «el arquí» llegara, la botella de refresco de limón debía estar helada.

—Entregamos en cinco días. ¿Cómo vamos? Maestro, ¿vamos bien? Don Emiliano se acomodó el casco.

—Vamos bien, arquí, ahí ya casi está.

—Yo esperaré que por ahí del viernes ya estemos levantando para entregar el sábado. Su pago sería el lunes que es quincena, nada más sí me esperan esos dos días, ¿no? Ya saben que no les fallo.

—Sí, mi arquí, no hay problema. ¿Un refresquito?

—Hoy nada más vengo de pasada. Les encargo, entonces, señores.

A la salida del arquitecto, Don Emiliano lanzó su silbido y la cuadrilla de hombres retomó afanosamente el mediodía. Con el sol metiéndose en sus cabezas, algunos arremetían, pala en mano, contra la pasta grisácea calculándole el agua al tanteo; otros cargaban estructuras de madera perfectamente ensambladas, andamios que estaban listos para mudar de lugar, una vez más. Al fondo, resguardada de la intemperie, bajo el ángulo de la escalera, la radiograbadora sonaba una voz masculina ahogada en el eco del espacio.

Al entrar la tarde, llovieron gotas absurdamente gordas. Se encharcó el cemento recién echado de la entrada, el piso de la terraza se ahogó desbordando las juntas de los azulejos, trozos del pasto artificial sobrepuesto flotaban sobre los centímetros del agua estancada del patio trasero. Don Emiliano había dicho claramente que era necesario adherirlo bien, nadie hizo caso. Un día más de abril, una lluvia más, un retraso más.

IV.

—Yo ya le dije a Gabriel que si no acabamos para mañana, ni me eche a mí la culpa. Yo voy bien, pero pues nada ayuda. Ya vio usted, don Emiliano, se atrasaron para traer la pintura, ¿así cómo? Ni con la ayuda de Dios.

—Mira, Pedrito, aquí somos todos, y no hay manera de que no acabemos. Pues si ya casi estamos, ya nada más les toca a Armando y a ti levantar hoy. Nos vamos a ir en la camioneta para la siguiente obra, pero primero hay que dejar todo listo hoy, ya para nada más venir a limpiar temprano y entregarle en la mañana.

—Pues me jalo, entonces.

Pedro se puso el chaleco, «el uniforme de coronel», le decía don Emiliano, y se encaminó hacia la esquina de la construcción, donde se amontonaban materiales, ropa sucia, bolsas con basura, botellas con pegamento, latas vacías de cerveza, cascos, una caja con CD de música, el cuaderno de cuentas, un garrafón de agua.

El rincón estaba más desacomodado que siempre. Pedro lanzó un silbido, se quitó la gorra, otro silbido, y la aventó al suelo al tiempo que soltaba un «me lleva la chingada» para sí. Armando llegó a los pocos segundos, y no tardó en entender qué pasaba.

—Nos chingaron, carajo, mira, está todo hecho un desmadre. Le dije a Gabriel que cerrara bien ayer, se me hace que ni el candado puso.

En un gesto confundido, atropellado, Pedro comenzó a revisar torpemente todo cuanto tocaban sus manos toscas. Mientras más trataba de acomodar, más abultado parecía el montón de objetos que, más allá de estar listos para ser recogidos, parecían estar dispuestos para quedarse ahí el tiempo que fuera necesario. Una pila antropológica de cosas a punto de convertirse en una pila ceremonial.

—Huele medio de la chingada, ¿no? ¿Qué haces, güey? ¿Eh, Pedro? A ver, espérate, mejor no le muevas mucho. Háblale a don Emiliano.

Pedro se levantó lentamente, sin hacer ruido, sin importarle la mirada juzgona de Armando, quien, parado al pie del cúmulo pestilente, miraba a su alrededor. Los demás compañeros le notaron el gesto y, uno a uno, se acercaron para preguntarle qué pasaba. Se reconocían familiares los murmullos entre los hombres congregados alrededor de la escena, como no queriendo

estar, pero prestos para lo que ocurriera.

Don Emiliano llegó detrás de Pedro, quien le señaló debajo de un rimero de ropa arrugada.

—Ahí es donde le dije, pero no quiero levantarlo, mejor le hablamos a alguien, ¿no?, porque se me hace que sí hay algo ahí.

—¿Qué le vamos a hablar a nadie ni qué nada? ¡Órale!, los demás regrésense a trabajar, chingao. ¡Órale, ya! A ver, Armando, ¿qué haces ahí parado tú también?, muévele ahí a ver qué hay. Se me hace que se nos metieron.

Armando se subió la camiseta a la nariz, apenas dejando ver los ojos; la mirada pasmada, tanteando la ropa. Siguió moviéndola, metiendo la mano debajo de las telas, hurgando insistentemente. Lo sintió, estaba frío; al hundir sus dedos, tocó la superficie hinchada. Se le ahuecó la garganta, siguió subiendo la mano, los dedos apenas tocando la piel, el corazón ciñéndosele en el pecho, hasta que sintió una oreja perforada en el lóbulo, un arete largo pendiendo de ella.

V.

Sábado con la mañana recién entrada. El arquitecto entró por la puerta principal, llevando las yemas de sus dedos al aplanado perfecto. Un balde de hielos, refrescos de limón y cervezas, al centro del patio principal.

—Yo creía que no acabábamos, maestro. Pero miren... qué bonito trabajo. ¿Ya está todo limpio, cierto?

—Sí, arqui, ya estamos. Nada más le entrego cuentas y ya queda.

—Muchas gracias, señores. Pues nos tomamos algo y nos vemos el lunes, entonces. Salud, ¿no?, ¿o qué? ¿Todo bien? Los veo ojerosos.

—Sí, nada más tuvimos un inconveniente que nos retrasó, pero ya todo bien —respondió Pedro—. Nos llovió también ayer *sobre mojado*, como dice don Emiliano. Sobre mojado.

IDENTIDAD

Por Patricio J. Gómez Garcés

Hay cierto misticismo en los aeropuertos. El lugar es frío, como deben ser gélidas todas las historias que terminan —o empiezan— con una despedida; todos los pasados que se mezclan en el aire, con la naturaleza de una luz.

Dado, como soy, a las reflexiones inútiles, me sorprende que nunca se haya registrado una inundación de aeropuerto. ¡Tantas lágrimas! Lloran los que se van, porque dejar el hogar siempre duele; lloran los que llegan, porque regresar al hogar después de haber conocido algún paraíso, duele enormemente; y lloran los que se quedan, porque se quedan.

Además, en los pasillos blanquecinos, se entrelaza un caleidoscopio de lo más colorido, de improbables personajes. Niños que esperan a que las puertas se abran porque saben que detrás, está alguno de sus padres; o —y este es mi favorito—, el amante en luto perpetuo, que, tras meses de cartas y esperas, aguarda con un ramo de tulipanes a que su destino salga por la puerta. Es mi favorito porque, consciente de que su condición varonil está en juego al llevar flores, toma el ramo con una sola mano, como quien no quiere la cosa, frunce el ceño y ensancha los hombros; más Cyrano y menos Romeo.

La viejecilla frente a mí —somos los que llegan, hueste distraída—, busca a través de la puerta cerrada. Imagino que su hijo prometió, a través de la incorruptible defensa del auricular algo como «Sí mamá; yo voy por ti. No te preocupes»; pero aún no llega, y la viejecilla, claro, se preocupa.

A mí, por otro lado, siempre me han entristecido las esperanzas. Por ello, cuando llego, llego solo. Me abruma pensar que, si alguien llega por mí, yo tendré que dejar mi equipaje en el piso, solo para extender los brazos y la sonrisa, fingiendo la más senil de las sorpresas. Para evitarme escenas cursis, llego solo.

Aquel día, sin embargo, habían desfilado frente a mis ojos tantas bienvenidas que me sentí con ganas de ser recibido, por quien fuera. En cuanto se abrieron las puertas, caminé con paso discreto, mirando un punto medio entre la cabina de taxis —los amarillos, como es mi costumbre—, y

los estoicos hombres de traje, que enarbolaban en el pecho el nombre de un desconocido a quien tenían que hacer sentir como en casa.

Sin hacer mucho aspaviento, miré los letreros sin rostro. ¿Qué nombre me quedaría mejor, sin que, al decirlo, sonara pretencioso o peor aún, inverosímil? Barajeé mi nueva identidad entre «Jane Higgins», «Lorie Vázquez», «Rogelio Vicuña», «Robert Jameson» y «Sam Thomas». No podía perder más tiempo, así que recordé mi rostro —en sus días de gloria—, reflejado en algún espejo. Sam Thomas no me quedaba nada mal. «Sam. Sam. Sam Thomas», me repetí hasta que el nombre dejó de sonarme extraño.

Corría el riesgo, por supuesto, de ser descubierto; pero no me importó. Ese es otro conjuro que ejercen los aeropuertos sobre la metafísica de uno: siempre eres un extraño; a veces, incluso, para ti mismo.

Sin prisas, para no parecer niño travieso, caminé hasta el letrero; y por un instante, brevísimo, dejé de ser yo y me convertí en Sam Thomas. Conforme me acercaba al hombre de traje, esgrimí mi mejor sonrisa de extranjero. Abrí mucho los ojos, con la sorpresa misma del recién llegado y me detuve frente al chófer —eso supuse— que llevaba mi nombre.

Dije «hola» con un exageradísimo acento: ni demasiado americano, ni muy británico, para no tenderme trampas a mí mismo. Durante unos segundos, que me parecieron eternos, el hombre me miró seriamente, averiguando si yo era, realmente, quien decía ser. Poco a poco, sus labios se distendieron en una sonrisa extraña, y su mano izquierda se extendió para tomar mi equipaje. «Bienvenido, señor Thomas».

Suspiré aliviado mientras seguía al hombre hasta el estacionamiento. Aún quedaba pendiente el asunto sobre mi nacionalidad, pero tenía la esperanza —yo que las detesto—, de que en algún momento, me preguntara sobre Inglaterra o Nueva York. Tampoco me preocupaba tanto, mientras exagerara mi español hasta parecer lo más extranjero posible, no corría ningún peligro.

Tenía miedo, no lo niego. Pero era un miedo que rayaba en la feliz adrenalina de lo prohibido; solo me preocupaba que hubiese elegido la identidad de algún delincuente buscado por sus rivales, y que estaba siendo llevado hasta mi patíbulo. Cuando llegamos al estacionamiento, me esperaba un auto blanco de lo más común, en el que, después de guardar las maletas en la cajuela, mi chófer se upó. Al menos, mi teoría sobre el delincuente quedaba descartada. Emocionado, me subí en la parte trasera del coche.

Mientras andábamos por la ciudad, con rumbo desconocido para mí, las luces de la noche cortejaban mis ojos con su vaivén rápido y alargado por la ventanilla. Entonces, escuché su voz.

—¿Señor Thomas?

Dije «¿sí?», casi sin acento.

—Solo, solo quería decirle que siento mucho lo de su esposa —hizo una pausa, durante la cual me miró por el espejo retrovisor—. Debe ser muy difícil regresar por algo así.

No supe qué decir. Debo admitir que, en el momento, lo que más me preocupaba era seguir con la absoluta incertidumbre sobre mi nacionalidad; pero luego repasé sus palabras. ¡Mi esposa había muerto! ¿Qué habría hecho el verdadero Sam Thomas en una situación así?

—Gracias —dije, desviando mi mirada de la del conductor.

—Si me permite, es muy triste lo que le pasó. Lelaine siempre fue una mujer muy amable conmigo; y verla así... No sé, le rompe el alma a uno.

No pude evitar volver mis ojos al retrovisor, y asentir. Al menos, ya sabía el nombre de la esposa de Sam Thomas. Lelaine. Lindo nombre. Sin embargo, en el acto otra de mis teorías había sido destrozada. Ella no había muerto. Esperaba lo peor: un coma, una parálisis, una desfiguración total; cuando el auto fue deteniendo su marcha frente a una casa blanca con tejas rojas.

—Llegamos, señor Thomas. Le ayudo con las maletas —anunció el chófer, mientras se apeaba y abría mi puerta. Lentamente, bajé del coche y miré la casa. Quería correr, olvidar a Sam Thomas para siempre, olvidarme de su esposa, y de todos los problemas. Pero cuando el conductor apareció a mi lado, cargando mi equipaje, supe que no había vuelta atrás.

Caminamos hombro con hombro por el sendero particular y cuando llegamos a la puerta. El conductor me miró, esperando a que sacara la llave para entrar. Por supuesto no la tenía, pero, siguiendo con la absurda pantomima, me tanteé los costados, frunciendo el ceño para parecer incómodo por la situación. Después de un instante de recorrer todo mi cuerpo, como para convencer a mis manos de que yo era Sam Thomas; levanté la mirada.

—Creo que me he olvidado de las llaves en el hotel —aventuré, sin saber qué respuesta obtendría.

—No se preocupe. No es la primera vez que le pasa, Nueva York siempre parece engañarlo, ¿eh? —dijo, sonriendo y no tuve más alternativa que acompañarlo en su dicha—. Por suerte, su esposa siempre deja una copia colgada de la campana —y extendió el brazo libre de equipaje, y tomó la llave.

A decir verdad, y tomando en cuenta la serie de circunstancias en las que estaba envuelta esta aventura mía, esperaba algo menos trillado que

la esposa cariñosa que deja una llave afuera para su marido distraído. Menos mal la llave no estaba debajo del tapete o escondida en una maceta; pero, aun así, trillado.

Abrí la puerta.

—Yo lo dejo aquí, señor Thomas. Tal vez quiera hablar a solas con su esposa. ¿Puede llevar el equipaje?

Asentí y esperé en el umbral a que el auto blanco desapareciera del camino. Di un largo suspiro y entré a la casa. Un escalofrío reptó por mis brazos desnudos y envolvió todo mi cuerpo. Algo en esa casa extraña me daba tranquilidad; como si toda mi vida hubiese esperado a ser Sam Thomas y entrar en su vida, más vida que la mía.

—¡Sam! —escuché que gritaba una mujer desde las escaleras—. ¡Sam! ¿Eres tú?

Me quedé mudo, mirando las escaleras que ascendían hasta una especie de bóveda de cristal.

—¡Sam, mierda! ¿Eres tú o llamo a la policía?

—Soy yo... —hice una pausa. ¿Cómo le llamaría Sam Thomas a su esposa? ¿«Cariño», «bebé», «amor»? Cuando me percaté que la pausa había durado lo suficiente como para que la mujer tomara el teléfono y llamara a la policía, añadí—: Lelaine.

Subí las escaleras con cautela; escuchando, conforme subía, una respiración agitada. Entré a la habitación donde la respiración se hacía más ruidosa y vi a Lelaine acostada. Tenía las sábanas a la altura del pecho. Su cabello negro estaba derramado en la almohada y le daba a su silueta un aspecto triste, pero atractivo. Fui acercándome a ella. Abrió los ojos y me miró con todas las preguntas del mundo mezcladas en la garganta. Era muy pálida y sus ojos parecían perdidos en la distancia de un mundo fuera de este; y estaban hundidos en sus cuencas de oscurísimas ojeras.

—Viniste —murmuró Lelaine cuando me puse a su lado. La mirada se le fue llenando de lágrimas, y esbozó una sonrisa agotada.

—Vine —respondí, mientras le tomaba la mano.

—¿Por qué te fuiste? —me preguntó—. Dijiste que siempre estarías aquí, Sam.

—Amor... —dije sentándome a un lado de la cama, sin soltar su mano. Lelaine se retorció adolorida, frunciendo el rostro entero con pesadumbre.

—Este puto tumor —hizo una pausa y me miró, profundamente conmovida—. Hace mucho tiempo que no me decías «amor».

Mientras Lelaine comenzaba a llorar, yo odié en silencio al tal Sam Thomas. Vamos, ni yo, que tengo fama de frío, habría sido capaz de dejar a mi esposa con cáncer.

—Amor —proseguí, sintiendo cómo en el pecho se me agolpaban un sinfín de emociones. Preferí dejarlas sin nombre, y solo dejarme llevar por su efecto—, por favor perdóname por todo el daño que te he hecho. Nunca quise irme, pero verte así... es muy doloroso.

Mientras la miré a los ojos, me sentí mal; como el abogado defensor que sabe que su cliente es un asesino, y aun así quiere salvarle la vida. Es verdad, Sam Thomas no merecía ni un ápice de piedad. Pero Lelaine sí.

Platicamos durante un rato muy largo. Me deshice en disculpas y cursilerías que eluden, aun hoy, mi sentido común. Ella lloró y me acarició el rostro, como recordando las facciones de su esposo, esas que el tumor cerebral le había obligado a olvidar. Lelaine sabía que yo no era Sam Thomas, sabía que ese hombre que le besaba la frente y le susurraba que todo iría para mejor no era su esposo. No había manera de que Sam Thomas y yo compartiéramos la misma colonia, o el mismo timbre de voz, pero trató de convencerse de lo contrario. Aquella tarde, los dos fingimos un amor que la distancia y la enfermedad había roto; ambos fingimos, porque la presencia del otro nos iluminaba con su inmejorable calidez. Durante algunas horas, Sam Thomas se reunió con su esposa, y le hizo saber cuánto la amaba.

Lentamente, Lelaine se fue quedando dormida, acurrucada en mi hombro. El amanecer fue levantando sus luces anaranjadas, tiñendo de un fuego viejo, toda la habitación. Comenzó a roncar, con la tranquilidad de quien se sabe protegida por el amor de su vida. Me levanté de mi asiento y la miré dormir, absorta en sueños mucho mejor dibujados que aquella realidad en la que nos había tocado vivir. Le besé la frente y salí de la casa.

Aquella mañana, al llegar a mi casa, no desempaqué, ni pude dormir. Pensaba en Lelaine.

Abusando de mi autoimpuesta calidad de detective, investigué a Sam y Lelaine Thomas. Así, me enteré de que, algunas semanas después de mi visita, el tumor que se alimentaba de los recuerdos y sueños de ella terminó por matarla. También me enteré de que Sam Thomas jamás se tomó un solo instante para visitar a su agónica esposa.

Me consuelo en el hecho de que una tarde como cualquier otra, Sam Thomas sí fue a visitar a Lelaine. Vivo con la esperanza de que ella murió tranquila, aferrada a la invisible mano del amor de su vida.

Yo, que siempre desprecié cualquier atisbo de esperanzas, vivo de una.

SAFE EN HOME

Por Gerardo Allende

Abril viene a verme jugar y no pierdo la esperanza de lucirme en su presencia, como solía hacerlo en el fútbol hace diez años, frente a Leticia, mi novia de la universidad con quien aprendí que «los celos matan» no es una frase trivial de telenovela. Ya es la parte baja de la quinta entrada, el viento sopla fuerte, el exceso de tierra en el montículo y el diamante se eleva y propicia una atmósfera sepia que se difumina por los jardines, ese lugar que la pelota visita poco en ligas amateurs como esta, donde los largos batazos escasean. Mientras el polvo termina por perderse detrás del anuncio oxidado de Charparritas, yo espero mi turno al bat. Soy el octavo en el orden de bateo. El sexto, Charly, se encuentra bateando. Hay un *out*. Salgo a calentar junto con Toño, quien va antes que yo.

Miro hacia las gradas y me alegra ver a Abril. Quiero que me vea batear, pues mi soberbia deportiva es, a ratos, superior a mi soberbia intelectual. Preferiría ser recordado como un deportista mediocre que como un gran intelectual. No soy ninguna de las dos, ella lo sabe y parece que así me acepta. Le basta con que haga uno que otro comentario interesante sobre Aristóteles o Kant y que me vea bien con lo poco que queda del cuerpo que la vanidad me llevó a cultivar en mis veintes tempranos. El turno del sexto bat, Charly, se alarga y se aferra a no poncharse con batazos de *foul*. Charly luce muy bien mientras batea, parece un jugador del 1900, cuando los uniformes aún tenían corbata.

—¡Eso mi Charly, espera la buena, la base por bolas también sirve! ¡Vivo, vivo! —le grito, mientras regreso al *dogout* acomodándome la gorra.

Me siento torpe al intentar integrarme al equipo, como lo sugiere el capítulo del libro sobre empatía social que me dejó leer mi terapeuta. Tan cómoda que es mi soledad poblada de Abril. El viento no cede, el polvo no cesa. Me froto las manos antes de encender un cigarrillo, el cual dejó a medias. Prefiero embucharme cuatro chicles Bubli de plátano. Me siento ansioso. No por el juego, sino por Abril. No porque esté aquí, sino por el tiempo que

llevamos de novios. Aunque creo que me quiere y que me ha sido fiel en estos seis meses, no dejo de sentir ese temor que se manifiesta como opresión en el estómago que experimento cuando caminar por el parque Lincoln y opresión, venirnos al mismo tiempo y opresión, dormir de cucharita y opresión; preparar una *pizza* juntos y opresión... ¡jamás se va! Por fin la miro en las gradas. Está *scrolleando* su teléfono sin prestar atención al juego y no deja de sonreírle a la pantalla. Ahora teclea y mi ansiedad aumenta al punto que, a pesar de la distancia, intento ver el reflejo de su pantalla reflejada en los cristales de sus lentes *hipsterosos*. ¡*Clic!* El sonido metálico del bat que golpea la pelota devuelve mi atención al campo. Otro batazo de *foul* de Charly. ¡*Clic!* Ahora conecta un hit por el jardín derecho y llega a primera base. Toño, se poncha con tres picheos. Hay dos *outs* y me toca batear. Aviento el cigarrillo y volteo nuevamente a las gradas antes de colocarme dentro de la caja de bateo. Sigue mirando el teléfono con esa sonrisa que me pone nervioso, esa sonrisa tierna que pienso que solo yo la merezco; cada vez que le sonrío a alguien más, siento que pierdo un poco de ella. ¡*Clic!* Por pura ansiedad bateo al primer picheo y sale una rola por tercera base. Un mal lanzamiento del rival me permite llegar a primera. Charly se barre en segunda base, aunque no era necesario hacerlo. Es típico que exagere las jugadas, su estilo cuando batea es inversamente proporcional a su torpe manera de correr las bases.

Volteo a las gradas para ver si Abril ha visto mi jugada. No, no la vio: sigue *scrolleando* con la mano izquierda mientras se hace rulos en el cabello con la derecha. Su sonrisa desaparece. Después de un suspiro, me concentro en el juego, ignoro la opresión y me despego de la colchoneta.

—¿Es tu hermana? —me pregunta el rival que cubre la primera base mientras mira hacia las gradas, donde está Abril, aún embobada en su teléfono. Golpea dos veces el interior de su manopla con el puño y suelta un escupitajo fuera del campo.

—¿Mi hermana? Jaja... no, es mi chica —le contesto y veo pasar la primera bola mala y regreso a tocar la base.

Su pregunta me incomoda tanto como la bola de chicle que ha perdido el sabor. Me siento como hace diez años, cuando Jorge me llamó para contarme que Leticia se estaba dando unos besos con Federico en la biblioteca. Me preguntó que si Valentina estaba conmigo, como para preparar el terreno; le respondí que no, que estaba en la universidad. Ah, entonces sí es ella, me replicó, está con Federico en la biblioteca. No quiero volver a sentir ganas de matar ni de matarme, no quiero terminar otra vez frente a un

Ministerio Público leyendo una denuncia por amenazas de muerte y allanamiento de morada; no quiero que Abril sea como Leticia.

—¿Neta es tu morra? Es que ayer la vi en la Cantina 60... —insiste el primera base.

Su tono de voz se me antoja nortño, aunque fingido, algo común en los aficionados al beisbol mexicano. No es mi caso, yo la verdad, aunque desde niño siento gran aprecio por los Tomateros de Culiacán, más que el estereotipo del pelotero sinaloense que escucha banda y que en su brusquedad al lanzar y al batear no deja esconder su machismo, intento recrear el justo medio entre el pragmatismo de los jugadores americanos y la jovialidad de los caribeños. Cae el primer *strike*. Uno y uno la cuenta de Paco. Regreso nuevamente a primera.

—¿En la 6o? —le pregunto y escupo—. No creo, ayer estuvimos juntos todo el día, la dejé en su casa como a las diez. ¿Estás seguro de que era ella?

Otra bola: dos y dos en la cuenta de Paco. No me despeno de primera. La volteo a ver: levanta la mirada sobre su teléfono y se digna a mirar el partido; me tira una sonrisa similar a la que dibuja cuando *scrollea*, aunque no tan tierna como para aligerarme, no tan tierna como cuando me mira de reojo mientras se come un helado de cajeta del Carretito. Le regreso la sonrisa de mala gana mientras mi corazón se acelera y siento que la sangre hierve y se concentra entre la frente y las mejillas.

—¡Seguro, men, es ella! —me asegura, con el tono nortño más exagerado. La opresión incrementa—. Te digo la neta, la neta, iba con un com-pita mío que juega aquí con nosotros el bato. Creo que la topó por Tinder o esas madres. Hoy no vino a jugar. Llegaron a la 6o como a las doce y se fueron como a las tres —concluye y escupe nuevamente.

—¡No mames! ¿Te cae? —le digo, aprieto los dedos de los pies para conservar la calma—. ¿Y por qué no vino ese güey?

—Ni idea, men, seguro se la siguió y anda crudo. Pero sí, iban juntos... ¡muy juntos, pues! —me dice, con un tonito provocador.

¡*Clin!* Batazo de hit de Paco. Corro hacia segunda y llego *safe*, sin barrerme. Al parecer Abril se percató de la charla que tuve con el primera base. Su actitud no es la misma. Me mira sin sonreír y sin rizarse el cabello. Toma su teléfono y teclea apresurada. Parece que ya sabe que lo sé y se lo dice al «bato» ese por mensaje. Viene a batear nuestro primer bat, Neto. Me toco la visera de la gorra para hacerle saber que aguante el *swing* porque es una curva. Neto me ignora y abanica la pelota. Primer *strike*.

—¿Ya te dijo este bato lo de tu morra, ¿verdad? —me pregunta ahora el segunda base, con un irritante tono norteco bastante similar, por lo exagerado, al del primera—. La reconocimos desde que llegamos —continúa— y ella también nos reconoció de ayer en la 6o; namás que se hizo bien pendeja. ¿Llevas mucho tiempo saliendo con ella? —me pregunta, seguido de un escupitajo cerca de mi pie.

Otra vez *strike* abanicando una curva. Hay dos *strikes*.

—No salgo con ella —le digo y escupo—. ¡Ando con ella!... o andaba. Son mamadas ¿no? —le digo y escupo.

—Pooos... —me responde y se ríe.

Volteo a las gradas al tiempo que se escucha una música caribeña. Es de Rita Indiana: «que es un monstro en *equibol* / me mandó una goma *llienes* / y un *casset* de los *expistouls* / porque... quiero montar *equibol*...». Son los dominicanos que, no bastándoles con su apariencia y con su exquisita manera de jugar, hacen alarde de su arribo; bailando y gritando, para que sepamos que sí, ya llegaron y que sí, con una mano en la cintura le ganan a quien se les ponga enfrente. Ella está de pie, dos lugares arriba de la esposa de Paco. Por suerte no se percata del arribo de los dominicanos, de su gracia y de sus cuerpos musculosos. Ahora habla por teléfono y pierde la mirada en dirección a la jardinera que se encuentra a la izquierda de las gradas. La noto nerviosa, continúa haciéndose rizos con la mano derecha. Se coloca de perfil y la curva que dibuja su trasero me hace olvidar un instante mis celos y la opresión, se me antoja, como seguramente se le antojó anoche en la 6o al «bato» ese. Ahora gira el rostro y dirige la mirada hacia mí. Sigue hablando por teléfono. ¡*Clin!* Línea de *hit* de Neto, anota Charly. Yo llego parado a tercera mientras él está quieto en segunda. Es turno de Abel.

—Ya, relájate —me dice el tercera base—. Hacen mucho pancho estos güeyes namás para distraerte del juego. Sí salió tu vieja con nuestro compita, pero no pasó nada grave. Dale chance, está chavita, que se divierta, al rato ya no vas a saber ni cómo quitártela de encima. Está chula la niña, no la sueltes —me dice con un tono de cuarentón experimentado y me suelta un manoplazo en la espalda. ¡*Clin!* Batazo de *foul*.

—Son mamadas... —le digo al tercera base, en un tono que armoniza con la música dominicana que no descansa.

Sin darle tiempo de que replique, me separo de la colchoneta. ¡*Tuc!* Toque de bola de Abel que se va de *foul*. Dos *strikes*. Los dominicanos callan la música. El silencio parece estirar el tiempo. Volteo de reojo a las gradas. Abril

está sentada sin mirar el juego. Parece que se abstrae del entorno para evitar mirarme. ¡*Tuc!* Otro toque que se va de *foul*. Aún dos *strikes*. Mi desesperación es tal que decido robarme *home* por decisión propia. En estas circunstancias una bulleada más me resultaría indiferente. Cuando salgo corriendo escucho varios «¡no mames, este pendejo!» desde el *dogout* de mi equipo. El *pícher* lanza la bola y el *cácher* se desconcierta al verme correr hacia él; la bola se le escapa. Anoto carrera, barriéndome. Me levanto y camino hacia el *dogout*. Me sacudo el polvo e intento ocultar el dolor en la pantorrilla. Me siento, escupo la bola de chicle mientras me felicitan con desgano. La música dominicana vuelve aparecer. Enciendo un cigarrillo y le doy tres bocanadas mirando el suelo. El resto del equipo me ignora. ¡*Clin!* Abel batea con dirección al primera base, que solo pisa la colchoneta para completar el tercer *out*. Termina la quinta entrada. No caminaré hacia el jardín derecho hasta que termine este cigarrillo, no voltearé a las gradas. Ya estoy *safe*, en *home*.

ZAPATOS

Por Willian Rosa

Esto ocurrió ni bien aflojó la pandemia, ese tiempo de incertidumbre y horror paralizante que vivimos, del cual creímos que saldríamos mejor como humanidad, pero no pasó. En pleno auge del covid todos hacíamos lo mínimo, encerrados, consumiendo toda la desinformación que nos vomitaban las redes. Con el transcurso de los acontecimientos, revelaciones científicas, invención de vacunas, métodos de prevención, las medidas restrictivas fueron amainando y las cosas comenzaron a volver a la normalidad, si es que se le puede llamar así a este momento que vivimos.

Después de tanto tiempo de estar paralizados, volví a jugar al fútbol con mis amigos, esa típica costumbre de juntarnos diez hombres y auto engañarnos como que practicamos un deporte. Aun así, el día del reencuentro fue una belleza vernos retozando como niños dentro de la cancha. No nos exigimos más que el disfrute, pues ya todos superamos los treinta, las articulaciones estaban oxidadas por el parate y, teniendo en cuenta algunas lesiones que ya traíamos, era mejor empezar despacio, como para pasar el rato, para gozar del vicio suspendido por esta pandemia infame.

De los sesenta minutos contratados jugamos treinta y cinco como mucho. El resto se lo llevó la charla del reencuentro y las ceremoniales clásicas del amateurismo a la enésima potencia: discusiones para saber quién integra cada equipo, luego quién juega en qué posición y, como siempre, quién va primero al arco; después si encontronazo es *foul* o no, si un gol estrambótico debe ser validado y un sinfín de etcéteras más, similares.

Ni bien terminamos, como de costumbre nos fuimos a una provisión cercana a buscar unas cervezas para el tercer tiempo. De forma responsable, compramos un vaso para cada uno, nada de tomar del pico o compartir vaso, cosas epidemiológicamente imperdonables. Un par de chelas bien frías para arrancar, que se fueron en dos segundos porque había mucha sed, después otro par y así sucesivamente hasta perder la cuenta.

Empezamos diez, pero al rato ya quedamos solo cuatro. Se secó el sudor, pues nadie se había querido bañar con la excusa de que el vestuario no ofrecía garantía para no contagiarse el covid. Al rato, el alcohol empezó a calar en la sangre, las historias se pusieron picantes. Comenzamos a recordar cosas que pasaron hace mucho y que —a decir verdad— no pasaron como las recordamos. De todos modos, nadie contradijo a nadie, ni lo desmintió. Ya decía Manrique que cualquier tiempo pasado fue mejor. A su vez, Sabina decía que no hay nostalgia peor que añorar lo que nunca jamás sucedió.

En determinado momento, uno de los presentes deslizó la idea de ir a un club de chicas, inmediatamente sonrió e hizo fondo blanco vanagloriándose de su osadía. Enseguida, un par desestimó la invitación y eso les sirvió como excusa para emprender el retorno al hogar. Los comprendí, los años pasan factura y una resaca después de los treinta puede llevar incluso más tiempo de recuperación que una gripe. Al otro día uno es un todo de padecimientos, duelen los músculos marchitos, los huesos desvencijados, el estómago estragado, la cabeza y hasta las uñas. Retirarse a tiempo, al día siguiente se celebra como el mejor gol.

Solo yo quedé para seguirle la corriente y le dije que sí solo para cambiar a un lugar de más abrigo. Estábamos mediando el otoño y la noche estaba comenzando a helarse. Años atrás íbamos seguido al club, con algunos era un destino final ineludible cuando la suerte en el baile era esquivar en la conquista de mujeres (todas generalmente lo eran). Por lo tanto, en ese momento yo estaba contento, habíamos vuelto a jugar al fútbol entre amigos, nos habíamos reencontrado a celebrar y la noche estaba muy linda; me pareció buen plan recordar los viejos tiempos. Además, como dice el dicho popular: *si se fue el balde que se vaya la cadena*, cosas que uno piensa entrando en la borrachera; allá fuimos con este osado amigo hasta el burdel más cercano.

Los tiempos pasan y las costumbres cambian, al llegar recordé que hace muchos años no iba y que me había prometido que no volvería jamás. Ni bien entramos, me vino a la mente una conversación que tuve con una amiga, sobre feminismo y prostitución. Siendo sincero, yo no podría ser catalogado de feminista jamás, y menos si alguien me viera entrando ahí, pero fingía ser aliado a esa lucha, para ver si de esa forma lograba conquistar a alguien. Esa estrategia nunca funcionó, por razones evidentes, pues un imbécil en algún momento muestra lo que es y, si quiere acostarse con mujeres inteligentes, estas enseguida se dan cuenta, aunque le sigan un poco la corriente.

Lo cierto es que esta amiga me decía que ella pensaba que debía abolirse la prostitución, pues permitirlo favorecía la trata de personas con esos fines. Yo por mi parte defendía la prostitución regulada, pues a mi entender prostitución siempre existió y existirá, prohibirlo es condenar a situaciones peores a quienes la ejercen por voluntad propia, pero hay que ser implacables con las situaciones de explotación. Apoyaba mis argumentos en un libro que leí de una autora francesa, algo así como la *Teoría de King Kong*, que, a decir verdad, no logré comprender realmente. Ese era un debate interminable, en el que yo siempre quedé como un defensor-consumidor. Fue por esto por lo que sus palabras me vinieron a la mente y me perturbaron junto a la decadencia del lugar. Uno de los que abandonó el plan de ir ahí, suele decir que los prostíbulos son lugares decadentes y deprimentes.

Este en particular, quedaba en la planta alta de un caserón antiguo en un barrio popular de la ciudad, después de pasar por el guardia de seguridad de la puerta de entrada, se sube por una escalera hasta donde otro guardia permite el ingreso. Ahí el visitante es abrazado por una música ensordecedora, obviamente reguetón.

Adentro la escena era aún más tétrica, salvo para los clientes, sobre todo los borrachos. En la barra se hallaba una muchacha con semblante feliz, era evidente que antes hacía el mismo trabajo que las demás y que ahora ascendió, porque para su suerte, su cuerpo envejeció.

Pedimos otra cerveza y seguimos contentos interactuando con mi compañero. Él estaba más contento que yo, que lucía un tanto contrariado. Me dijo que tenía un poco de cocaína para compartir, fuimos al baño y metimos unos saques, ¡ojo! Todo por pura diversión nada más, como el fútbol, las chelas y la idea del prostíbulo. Al volver y ya más exaltado, me puse en el modo esperado, podríamos decir menos contrariado.

Él se frotó las manos y me invitó a que pasáramos a ver *la mercadería* y elegir lo que íbamos a consumir —escribir esto me parece un horror ponerlo así, pero quiero describirlo como fue vivido— entonces allá fuimos.

Entramos a una de las habitaciones, de las tantas que tenía el caserón, más precisamente la que estaba al lado de la barra. La muchacha que atendía nos dijo que ya nos hacía pasar a *las chicas* y así fue, una a una pasó a saludarnos. La mayoría tenía un acento caribeño, que en ese momento me pareció algo exótico; todas me decían *papi*, salvo las de aquí, que tenían un perfil más como el nuestro.

Mi amigo eligió una caribeña y se la llevó a otro cuarto sobreexcitado. Yo sentí como un constreñimiento en el estómago, pero no le di impor-

tancia. Recordé que no había comido nada ni me había bañado. Quedó una muchacha que me saludó sin que yo la escuchara, como para cumplir con lo indicado; entonces le dije *vamos*, por decir algo y salir del paso.

Con la porquería que me metí, ya estaba un poco arriba, mandibuleaba y no quería hablar mucho. El modo paranoia estaba activado, lo calmé con el modo euforia, que siempre me ha servido para no caer en los ataques de pánico que un tiempo padecí. Ella me indicó que fuéramos a otro cuarto y la seguí. Porque sí, le miré el culo como analizando el producto que había rentado —ahora eso también me da cierta repulsión.

Entramos a un cuarto de luz mortecina. Un olor intenso a desinfectante invadía toda la habitación, ahora que lo recuerdo me da náuseas, pero en ese momento lo sentí como volver a un lugar prohibido, que uno siente venerado. Ella estaba allí como un holograma. En mi estado sentí que ella estaba contenta de estar con un tipo como yo, aunque no tenía ningún fundamento para pensarlo.

Se bajó de sus zapatos de plataforma y vi que era muy bajita, los zapatos eran muy altos. Ni bien se subió a la cama me miró y le descubrí de la cara todos los rasgos, pensé que era muy bonita y me alegré de haber acertado en la elección. Me puse más contento aún y me saqué la ropa. Al poner los pies en el piso, en las baldosas de cerámica, me abrazó el frío. Cuando quise subirme a la cama me paró y con la mirada me indicó los preservativos que se había olvidado arriba de la mesa.

Quise hacerme el chistoso y me subí a sus zapatos, riéndome caminé hacia el mueble donde estaban los preservativos al lado de un espejo gigante. Ni bien los tomé me miré al espejo y en ese preciso momento se me vino el mundo abajo. Toda la euforia se desparramó por el piso, todo se congeló, todo fue arrasado por un aire real. Me sentí desposeído, ridículo, estúpido e inmundito. Ahí estaba, parado sobre sus zapatos, olí mi horrible hedor de sudor seco, vi mi cuerpo descuidado, la panza asquerosa, el aliento putrefacto por el alcohol y la pestilencia de la cocaína —inodora en mis labios hasta entonces—. Me di cuenta de que no era yo el que me miraba, era ella la que me estaba observando.

Sentí escalofrío y rechazo, un tipo asqueroso, eso me devolvía el espejo. Un hombre fétido que estaba a punto de explotar sexualmente a una mujer, a la que las circunstancias ingratas de este mundo podrido empujaron hasta esa cama. Aparecieron en mi mente como recuerdos vívidos: su niñez, un padrastro abusándola mientras su madre se partía el alma en un trabajo

esclavizante. Sentí cada uno de los golpes que el padre de sus dos hijos le daba, el miedo a denunciarlo, la valentía de dejarlo y otra vez el miedo regresando. El desamparo y las carencias junto a sus hijos, el exmarido yendo a buscarla a un trabajo que consiguió en una empresa de limpieza, de donde la echaron por culpa de él.

Experimenté el hambre de varias noches en las que no comió para que comieran sus hijos. Escuché claramente a su vecina diciéndole que, con lo bonita que es, no tenía por qué estar pasando ese calvario, que podía ir junto con ella a prostituirse en la calle, que haría buen dinero. Y ahí sentí de vuelta el miedo, los hombres viniendo, parando sus autos, pagando y consumiéndola como un pedazo de carne al que se estruja, se aprieta, se muerde y se tira después de usado.

Vi a la mujer de la barra hablándole en el hospital, en el control de profilaxis que se hacen las prostitutas en este país, donde el negocio está regulado. La oí invitándola a este prostíbulo, con el cuento de que iba a estar más cuidada. Sentí cómo sintió disiparse el miedo de la calle, pero seguían los cuerpos inmundos subiéndose encima, frotándola, besándola con sus bocas hediondas de alcohol y otras bazofias; y la vi viéndome ahí parado y sintiendo el mismo asco que yo sentí por mí. Un estúpido que se creía gracioso, parado sobre esos zapatos que tendría que desinfectar ni bien se fuera, porque tenía un olor a patas repugnante. Con su pene semiflácido colgando como un cuajo, con aire de superioridad como si fuera mejor que los otros que la violaban a cada rato.

Me di vuelta y vi que me estaba mirando, me bajé inmediatamente de los zapatos, como pude, a velocidad de la luz, me puse los calzones, el pantalón, las medias, la camiseta aún mojada por el sudor y mis zapatos. Le dejé la plata que habíamos acordado y como un delincuente con vergüenza y desprecio de sí mismo me retiré huyendo despavorido, tan así que el guardia de seguridad pensó que la había golpeado o no le había pagado. Camino a la salida vi a mi amigo, feliz en la barra y eso me revolvió más el estómago del asco.

Ella salió del cuarto, le hizo pulgar para arriba al guardia desde la puerta del cuarto y le dijo: «Tranquilo, dejalo ir. Es solo otro estúpido que se puso mis zapatos».

♥ NUESTROS AUTORES ♥

Gerardo Allende (Ciudad de México, 1983) es doctor en Filosofía por la UAM, profesor del Colegio de Humanidades de la Universidad Modelo y miembro del Taller de Escritura Creativa del Centro Cultural José Martí de Mérida.

Héctor Carreón Perea (Ciudad Sahagún, Hidalgo, 1984) es doctor en Derecho por la UNAM y profesor de posgrado en el Instituto Nacional de Ciencias Penales, la Facultad de Derecho de la Universidad La Salle y la Universidad Panamericana (Guadalajara).

Manuel Jorge Carreón Perea (Ciudad Sahagún, Hidalgo, 1986) es autor de la novela *Vía eterna* y docente universitario.

Giovanna Enríquez (Ciudad de México, 1992) es artista visual e historiadora de arte con práctica literaria y fotográfica. Ha impartido seminarios, talleres, tutorías y cursos de fotografía y teoría del arte. Ha publicado cuentos, fotografías, poemas, audiovisuales, crónicas y notas de periodismo cultural en medios electrónicos e impresos.

David Espino Lozada (Naucalpan, 1999) es narrador y editor. Sus textos han sido publicados en diversos medios impresos y digitales.

Patricio J. Gómez Garcés (Ciudad de México, 1995-2023) fue escritor, editor, traductor y exlocutor de radio egresado de la Escuela de Escritores de la SOGEM. Autor de *Adiós, Rod Serling* (Los libros del perro, 2023). Colaboró con cuentos, poemas, ensayos y reseñas en *Tierra Adentro*, *Buenos Aires Poetry*, *Punto en Línea*, *Literal Magazine*, *Letras de Chile*, *La Pluma del Ganso*, *Cardenal Revista Literaria* y *Penumbria*, entre otras revistas electrónicas e impresas. Obtuvo el XIV Concurso Nacional de Cuento Preuniversitario Juan Rulfo en 2013. Escribió el guion de los cortometrajes animados «Ex Libris» y «Nené and Her Yellow Boots», seleccionados para la muestra nacional de Shorts México 2017 y 2020, respectivamente.

Se iluminó con la inmensidad, con el asombro y el amor: pilares de sus letras. Escribió para «quitar el miedo, aunque sea a una sola persona». Siempre le recordaremos con admiración y amor.

Juan Pablo Jaime Nieto (Celaya, Guanajuato, 1979) es profesor de área en el seminario diocesano de Celaya. Actualmente es doctorando en Filosofía por la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Ha colaborado en proyectos literarios y en las revistas *Cardenal Revista Literaria* y *Tiempo de Derechos*.

nuevo. Ha publicado cuentos en revistas internacionales.

Emma Abigail Kuyoc Altamira (Cozumel, Quintana Roo, 1999) estudió Lengua y Literatura Modernas en la Universidad Modelo en Mérida, Yucatán. Ha participado en proyectos editoriales y de investigación. Actualmente trabaja en un periódico como editora y correctora.

Christian Negrete Perales (Pachuca de Soto, 1980) ganó el premio estatal de cuento Ricardo Garibay 2017 con el libro *La oscilación de la memoria*. Fue jurado del premio estatal de cuento Ricardo Garibay 2019. Actualmente es director de la Facultad de Derecho de la Universidad La Salle Pachuca.

Willian Miguel Rosa Silva (Paso Libindo, Uruguay, 1987) es abogado desde 2012 e integrante del Ministerio Público de Uruguay desde agosto de 2013. En 2017 publicó la novela *La breve vida del hombre*

ÍNDICE

Adiós, Mercurio retrógrado.	11
Deshabitada.	20
El hijo del Diablo.	23
La otra.	28
Maquillaje.	31
Decisiones repentinas.	44
Tercer acto.	47
Sobre mojado.	52
Identidad.	57
Safe en home.	62
Zapatos.	67



Las palabras, si no se imprimen, se las lleva el viento. Lo mismo es cierto para los textos digitales. *Pausas. Nuevas narrativas en español* es una nueva apuesta por *Cardenal Revista Literaria* por presentar a narradores jóvenes en un formato que no perecerá.



Para este volumen, Manuel Jorge Carreón Perea y Mateo Mansilla-Moya han seleccionado once cuentos sobre lo cotidiano. En un mundo tan caótico como el nuestro, esto significa que «lo cotidiano» en verdad no es tan ordinario como parece. A partir de estilos únicos, en *Pausas* el lector encontrará en cada relato algo similar: el valor de las relaciones humanas.

